

ROSARIO VELASCO



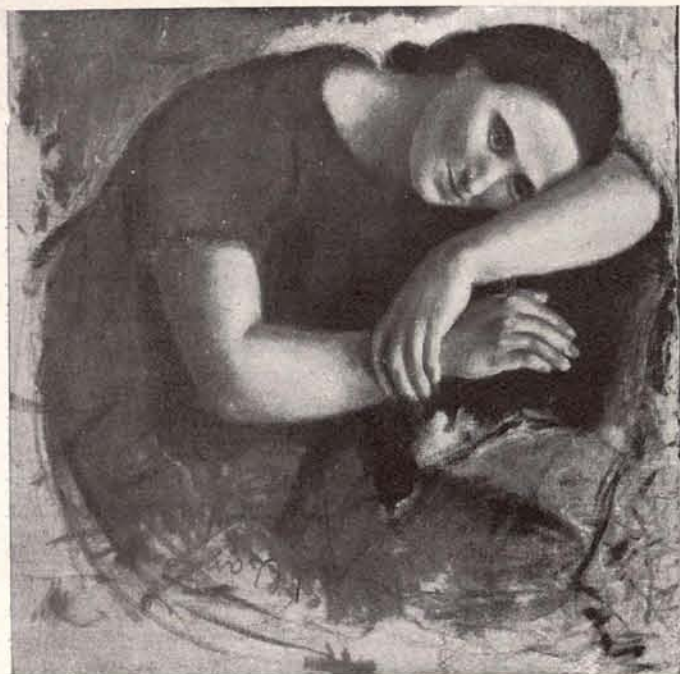
NUESTRAS ARTISTAS

Por HESPERIA

La actividad de la mujer en las artes plásticas, sobre todo en la pintura, va adquiriendo un gran desarrollo, una energía tal, que su labor ha perdido por completo

nido, hasta ahora, ese afán casi continuo de Marissa Roesset de cambiar de postura, cosa algo delicada, pues al emprender nuevas rutas hay, a mi modo de ver, más probabilidad de perder que de ganar, porque la perfección, el depuramiento, ambición natural del artista, no suele obtenerse en los cambios constantes de ideas, sino, por el contrario, en la firmeza y convicción, precisamente, de ellas.

Rosario, desde su primera salida e incorporación a la actividad artística actual, desde aquella "Virgen", presentada en una de las permanentes del Círculo de Bellas Artes, pequeño lienzo en extremo delicado, fino, tanto en tonalidad como línea, hasta su última composición "Maragatos", y también en esa otra obra que aún está por terminar, demuestra en todo momento un mismo criterio, un sentido evolutivo inclinado siempre hacia ese primitivismo italiano en el que los inquietos van con frecuencia a parar, inconscientes o conscientes, en su afán de conseguir el máximo volumen, una de las ambiciones del día, como asimismo lo es lo que ellos llaman "pintura pura", que en la mayoría de los casos resulta fría y sosa. No creo le preocupe mucho a esta artista ninguno de estos dos deseos, tan intensos en la gente joven de hoy, sino que emprendió este camino, o por serle más propicio a su base clásica adquirida a conciencia bajo la dirección del insigne maestro Sotomayor, o por afinidad de sentimiento, pues en su labor, si bien no hay una gran emotividad, tampoco es fría ni menos sosa; existe en su sólida construcción, en su línea enérgica y resuelta, una sentimentalidad que en algunos momentos alcanza una gran dulzura de expresión, como por ejemplo en su muy bella obra "Adán y Eva", o en esa otra ya mencionada, "La Virgen", y sostiene en todo momento el tono suave de una apacible impresión.



"Estudio". Lienzo a la incáustica de Rosario Velasco.

en su expresión aquel amaneramiento y timidez característica ineludible de su feminidad, alcanzando a incorporarse a la actividad común confundida ya con la de sus compañeros, tanto por su vigor como por el asunto, pues hoy la mujer, libre, afortunadamente, de todo prejuicio, toca cuanto asunto cree oportuno sin preocupación ninguna y, en algunas ocasiones, siente la inquietud intensa de la evolución, va al tiempo que sus camaradas a la conquista de la nueva forma, logrando obtener en algunos casos un resultado tan excelente, que llega hasta destacarse en este sentido, acaso con más aplomo e interés mayor que el hombre.

Ese es el caso de Rosario Velasco, artista bien joven que, figurando siempre en ese gran núcleo de inquietos, no fué nunca exaltada como Angeles Santos ni ha te-



"Gitanos". Obra original de Rosario Velasco.

Clásica en su fondo ha ido al campo moderno, más que por impulso vehemente, exaltado, de la evolución, por la natural influencia del ambiente de su época al que, como es lógico, es tan susceptible el artista joven; por eso no hay nunca en su modalidad ni arrebatos, ni estridencia alguna, ni, asimismo, ese gesto de intelectualidad que tanto ahoga el sentimiento y suele hacer antipática la tendencia evolutiva; nada absolutamente de eso aparece en ella, nada turba la apacibilidad de su espíritu, la serenidad con que va por el nuevo camino, acentuándose más o menos en él, pero nunca obrando sobre otra base que la sólida bien obtenida, mirando con toda tranquilidad hacia adelante, sin idas y venidas continuas al campo clásico, sólo haciendo de éste su



"Virgen". Oleo original de Rosario Velasco.

punto de arranque, con lo cual ha conseguido realizar una labor sin vacilación ninguna en general, inclinada a la belleza, interesante en todo momento. Una labor en la que los aciertos abundan y logra destacarse por sí propia con fuerza lo mismo en el gran núcleo femenino que en el no menos extenso grupo de inquietos de la actividad común.

La inquietud serena de esta muchacha se abre paso de tal manera, que, a mi juicio, empieza a ser ya algo positivo.



CON EL MEDICO

Playa, montaña, mar y sierra

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

No hay clínica, estación ni mudanza atmosférica que, siendo perjudicial a unos, no resulte favorable a otros.

Interesante tema de divulgación es el problema que se plantea en las familias, llegada la época de elegir lugar climatológico apropiado a las verdaderas necesidades de los niños, en que pasar la jornada de verano. No es indiferente, ¡ni mucho menos!, esta elección, pues de la exactitud, relacionada con los principios fisiológicos o patológicos de los pequeños, el veraneo de las criaturas podrá resultar beneficioso, o, por el contrario, ser en absoluto perjudicial, si no se ha tenido antes en cuenta las condiciones del medio ambiente—húmedo, seco, de altura determinada, etc.—, y, por tanto, con facilidad hallar sepultura cuando se ha ido a buscar, pleno de buen deseo, fuentes de vida y acopio de energías.

Este problema abarca por igual al niño sano como al enfermo; importante que se sepa esto, ya que la inquietante pregunta: «¿Doctor, adónde llevo al niño este verano?», se le hace al médico casi siempre cuando se trata de chiquillos delicados, de criaturas francamente taradas por el padecimiento, y, por el contrario, nadie o muy pocos se preocupan de hacerla si los niños no acusan inferioridad orgánica alguna. Lamentable equivocación, de la que pueden derivarse consecuencias que más tarde, cuando el mal alcanza las alturas de lo irremediable, se lloran sin consuelo y se pagan con intereses.

El niño, en el período de crecimiento que se encuentra, experimenta los naturales altibajos biológicos que aquél impone, según su especial cualidad temperamental. En apariencia sanos, ningún niño podrá escapar al influjo hereditario, a las anomalías de la crianza, a las variaciones del desarrollo, a las consecuencias de esas primeras enfermedades infantiles que casi siempre dejan huellas patológicas en su frágil organismo.

Ante esto, que no hará falta insistir mucho para comprender su verdadera importancia, no puede ser objetivo intrascendente la elección del lugar del veraneo, porque nunca podrá ser igual para la salud de los pequeños la orilla del mar, que excita el nervosismo; la cima de una montaña, que produce vértigo, o el balneario, que altera el metabolismo.

Esto si se trata, como vemos, de niños perfectamente sanos, sometidos, sin embargo, a las contingencias citadas, que, sin duda, han de influir en su natural desenvolvimiento. El peligro es, pues, el mismo para la fase de salud como para la época de enfermedad; lo mismo para el que no da señales aparentes de desequilibrio orgánico, como para el predispuesto al patologismo. El médico es, por tanto, el llamado a desentrañar la incógnita de ese difícil problema de elección, y el que mejor que nadie os podrá aconsejar, merced a ese conocimiento que tiene o puede adquirir del estado corporal de vuestros hijos.

—;Qué más dará—dirán algunos—que llevemos al niño a la sierra o al mar, si tenemos al chiquillo más sano que una manzana!

Y el médico os responderá: «Precisamente por esas rápidas razones que antes hemos apuntado, tiene enorme trascendencia la elección del lugar donde se pretende que el niño recoja los beneficios que la naturaleza pródiga no regatea jamás, pero que serán apropiados a las necesidades de cada caso en particular si en la designación de ambiente climatológico preside el acierto que reclama el imprescindible equilibrio que forzosamente debe existir entre las aspiraciones fisiológicas y un razonado régimen de vida, o la relación precisa que se busca entre la afección o deficiencia orgánica y su tratamiento adecuado.»

Por esto—de tan enorme importancia—es por lo que tanto interesa la exacta respuesta a una interrogante que debe

faltar aun en el caso afortunado de que tengáis sanos, fuertes y alegres a vuestros pequeños.

Y veréis por qué.

Es lógico y comprensible que nadie piense en las enfermedades cuando se trata de niños libres de predisposiciones y especiales tendencias a padecimientos del aparato respiratorio, de los nervios o del sistema óseo. Nadie podrá imaginarse que puede tener importancia un determinado punto geográfico para permanencia veraniega, si el color de la faz de los chiquillos refleja un estado de perfección orgánica envidiable. Pocos podrán sospechar que un niño sano precise ese cuidado que nosotros reclamamos aquí, y menos suponer que el médico exagera su celo profesional. No. En los chicos sanos hay que buscar el contraste climático, para que se encuentren en condiciones de triunfar de las influencias regionales.

Así, y precisamente por esto, si el niño vive de manera habitual en la costa, después de una serie de baños de mar —12 ó 15—, previa exposición—cuidada y dosificada—al sol, debe enviarse al interior, preferentemente a un lugar elevado, donde el aire seco, exento de partículas y agentes patológicos ejerce un poder o estímulo sobre la piel, sistema nervioso y la nutrición.

Por el contrario, si la residencia habitual del niño es en el interior, apartado de toda influencia marítima, se le enviará a la playa, sometiéndole por espacio de un mes a la acción combinada de los baños de mar y los rayos solares sobre el cuerpo desnudo.

La acción tónica de los baños de mar es específica del crecimiento; tal afirmación, expuesta por Brochard, testimonia la necesidad del clima heliomarítimo para favorecer el desarrollo normal y oponerse al anormal, propio de los estados escrofulosos y raquíticos.

La convalecencia de afecciones infecciosas diferentes, las debilidades musculares, la astenia consecutiva a un rápido y precoz crecimiento, requieren el ambiente marítimo y la exposición solar. El raquitismo tiene, en este ambiente, un energético y activo remedio natural de curación.

En los estados escrofulosos, la acción curativa produce magníficos efectos. Puede decirse que es donde más rápidamente se aprecian sus admirables beneficios. Enfermitos rebeldes a los tratamientos internos, que se eternizan en los hospitales, a pesar de los cuidados que puedan prodigárseles, curan de manera casi espontánea, sin medicación y sin médico, con sólo hacer una vida de playa. Cuando exista astenia, falta de apetito, anemia, debe darse al niño un baño diario de mar de corta duración para estimular la hemotopoyesis.

También ejerce decisiva influencia el medio marino en las manifestaciones cutáneas derivadas de los estados escrofulosos. Decimos esto, porque por mucho tiempo se ha sostenido la creencia de que dichas afecciones de la piel, en lugar de mejorar o curarse, se agravan con la estancia en el mar. Por nuestra parte, podemos decir que hemos encontrado el efecto curativo después de una larga permanencia en el medio marino, sobre todo si después de aquélla se lleva a los niños a un establecimiento balneario de aguas minerales o sulfurosas.

En las alteraciones respiratorias—tos ferina, rinobronquitis, conatos asmáticas, vegetaciones adenódeas, adenopatía tráqueobronquial, etc., la crenoterapia (tratamiento por las aguas medicinales)—, produce opimos resultados como preparación para el posterior régimen marítimo.

Por la acción beneficiosa del clima de altura en la tuberculosis pulmonar, la mayor parte de los sanatorios están instalados en la montaña. Aquí, los enfermos sin lesiones físicas profundas en los huesos, laringitis tuberculosas, etc., encontrarán unos resultados que no hubieran podido hallar en el ambiente marino.

En la montaña, sin polvo, sin contaminaciones atmosféricas, con un aire limpio y seco, los enfermitos tuberculosos podrán encontrar el remedio que precisan para combatir la dolencia que consume su débil organismo.

Excepción general de estos casos—prohibición de clima de altura—, los congestivos, los que sufren fiebres elevadas, los que padecen repetidas hemoptisis.

Y dicho lo que dicho está, como el esqueje que hemos plantado de tan rápida y vulgar manera no tenía más pretensión que fructificar en gran cruzada consejera, espera los resultados de su palabrería y enmudece.

Y eso gana quien haya hecho la merced de llegar hasta aquí.



"CIUDAD" EN BARCELONA

Barcelona, ciudad moderna y antigua a la vez, pero pujante, orgullosa de su propio destino y eminentemente culta, no podía por menos de recibir calurosamente a una revista que, como CIUDAD, es el mejor exponente de lo nuevo y de la vida moderna de las ciudades, y en la que toda innovación, si tiene jerarquía, es acogida y puesta en evidencia.

Desde nuestro primer número hemos visto cómo aumentaba el número de ejemplares que se nos solicitaba de la más populosa ciudad española. Ya nuestras originales portadas fotográficas se estaban familiarizando con el paisaje urbano de las ramblas. Pero ahora, desde que se ha hecho cargo de nuestra venta en la ciudad catalana la Unión Distribuidora de Ediciones, CIUDAD ha cobrado una rápida e inmensa popularidad. Los magníficos quioscos que se ven a todo lo largo de las ramblas, y que le dan al clásico paseo barcelonés una fisonomía tan típica, aparecen totalmente cubiertos con nuestros ejemplares el mismo día de su aparición. Las ramblas son—ya lo ha señalado Blanco-Amor en las notas que sobre Barcelona publicara en estas mismas páginas—monopolizadoras de la cultura ciudadana. Al revés de lo que ocurre en el resto de las ciudades españolas, en las cuales el principal paseo sólo tiene un interés edilicio, o social, o figurinístico, pero siempre vacío, las ramblas de Barcelona, con sus numerosos quioscos, tan



policromamente adornados, son una cantera del saber en las que se encuentra desde la publicación ligera francesa o la última novela de Verona o de Dekobra hasta el reciente trabajo de Ludwig, de Spengler o de Maurois.

Y, en medio del farrago de publicaciones y libros de toda naturaleza que se descubre en cada quiosco, CIUDAD ocupa siempre un lugar destacado, como se advierte en estas fotografías que nos ha enviado un corresponsal oficioso. Con legítima satisfacción destacamos este hecho, por lo que tiene de halagüeño y por la complacencia con que vemos que la venta de nuestra revista está confiada a manos hábiles y expertas en este menester.

Lo ocurrido con Barcelona no es más que una de las tantas manifestaciones de la favorable acogida que CIUDAD tiene en todo el interior del país. Nuestros representantes administrativos de provincias se esmeran en la difusión de nuestra revista, imprimiendo por su cuenta volantes que contienen un resumen del ejemplar de la semana. Y basta que incidentalmente tratemos un aspecto cualquiera de alguna ciudad del interior para que de inmediato recibamos la orden de duplicar nuestro envío ordinario. Así, hubimos de enviar dos remesas del último número a Salamanca, porque en él publicamos, junto a una fotografía de Unamuno y otra de la ciudad, la oda insigne de este último a la ciudad del Tormes.



"CIUDAD" y la fiesta española

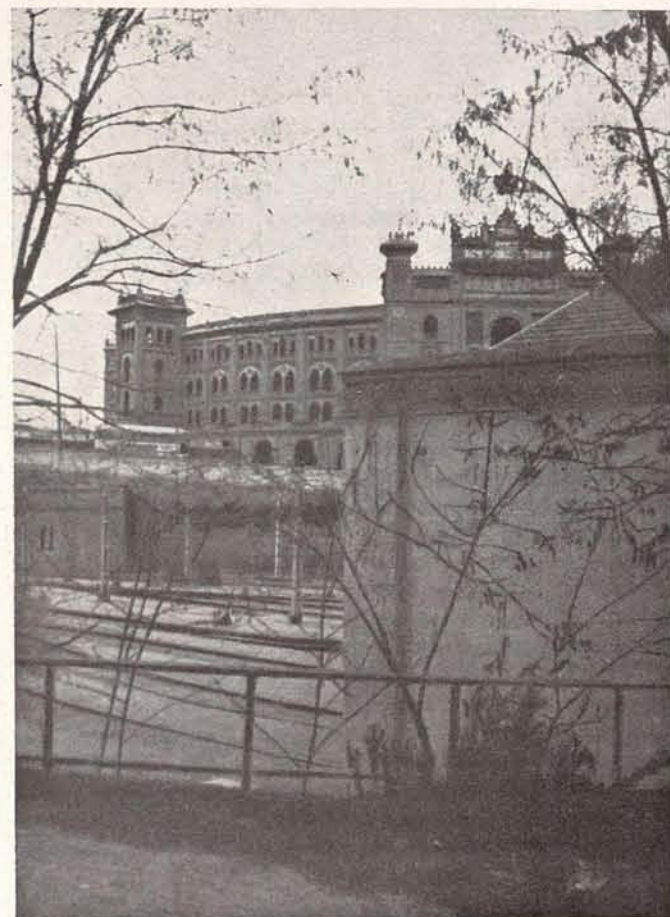
Federico Morena se ha encargado de nuestra sección de "Toros"

Y dice:

La revista CIUDAD—cuyo elogio no haré porque, lector, pudiera parecerle interesado, y porque, además, "esto, Inés, ello se alaba, no es menester alaballo"—me ha dispensado la confianza, que agradezco, de encargarme de la sección taurina.

CIUDAD, como española, acepta la fiesta brava. Pero CIUDAD persigue un generoso anhelo de depuración, de perfeccionamiento de todas las cosas. E identificado y espiritualmente con ella, he de traer a estas columnas: de aquello que redunde en provecho y honra de la función de toros, lo más; de aquello que pueda ser utilizado en su desdoro y mengua, lo menos. Si alguna vez censuro, entiéndase que persigo únicamente la rectificación de algo que daña, o que puede dañar, a la fiesta.

La pluma o el lápiz de los más expertos y notables dibujantes, el fotograbado, limpio y espléndido, serán mis valiosos colaboradores. El éxito, pues, de esta sección se deberá a ellos más que a mí. Pero conste que procuraré



Una vista de la plaza nueva, que será inaugurada el próximo mes.

ponerme a su altura. Si lo consigo, CIUDAD será buscada afanosamente por todos los buenos aficionados.

Al juicio crítico, imparcial y justo en cuanto mi falibilidad lo consienta, acompañarán dibujos y fotografías sometidos a una previa y depurada selección. De este modo, CIUDAD se permitirá el lujo—lujo caro, evidentemente—de hacer a sus lectores el regalo magnífico de unos dibujos y fotografías que serán algo así como el resumen de todo lo bueno que se ejecute por esas plazas de la República a lo largo de la temporada, y que puedan servir a los aficionados como "punto de referencia" en sus debates de la "peña" taurina.

Nada más. Mi ejecutoria de crítico de toros de "gran circulación"—ya hemos convenido en que la modestia no es una virtud obligatoria—me releva de mayores explicaciones...

En el próximo número de CIUDAD deré comienzo a mi labor.

Un saludo cordial a los compañeros de crítica y a los aficionados.

FEDERICO MORENA.

DE MÁLAGA A MADRID EN VEINTICUATRO HORAS

TEXTO Y DIBUJOS DE SANCHA

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Hemos de confesar con cierto rubor que el niño de cuyo nacimiento dábamos cuenta en nuestra última crónica era el autor de estas notas.

Es un poco ridículo a mis años hablar de mi niñez, pero, ¡qué le hemos de hacer!, yo también he sido niño. Olvidamos consignar la fecha exacta de "este acontecimiento", que fué el 16 de agosto del año 1874. ¡Buen año! En ese mismo año nació Marconi, por ahí le anda Ramiro de Maeztu, y en el mismo 1874 nació el coñac Fundador, según reza en el barrilito de la etiqueta.

Así que ya son acontecimientos. Y puestos a hacer confesiones, no queremos dejar pasar ni un renglón más sin hablar de nuestra sorpresa por la acogida hecha por Víctor de la Serna y Blanco-Amor a este "nuevo" cronista. Francamente, cuando lo escrito no ha salido aún de las cuartillas, nos ha parecido que iba en la intimidad de una carta que nadie la habría de ver, pero al verlo impreso y en un periódico como CIUDAD, ¡de tal categoría!, hemos tenido miedo; mas ¡quién se vuelve atrás!, ya no tiene remedio.

¿Por qué se hace uno dibujante? Yo creo que cuando en la juventud se toma esta decisión, la primera intención que nos decide es la holgazanería.

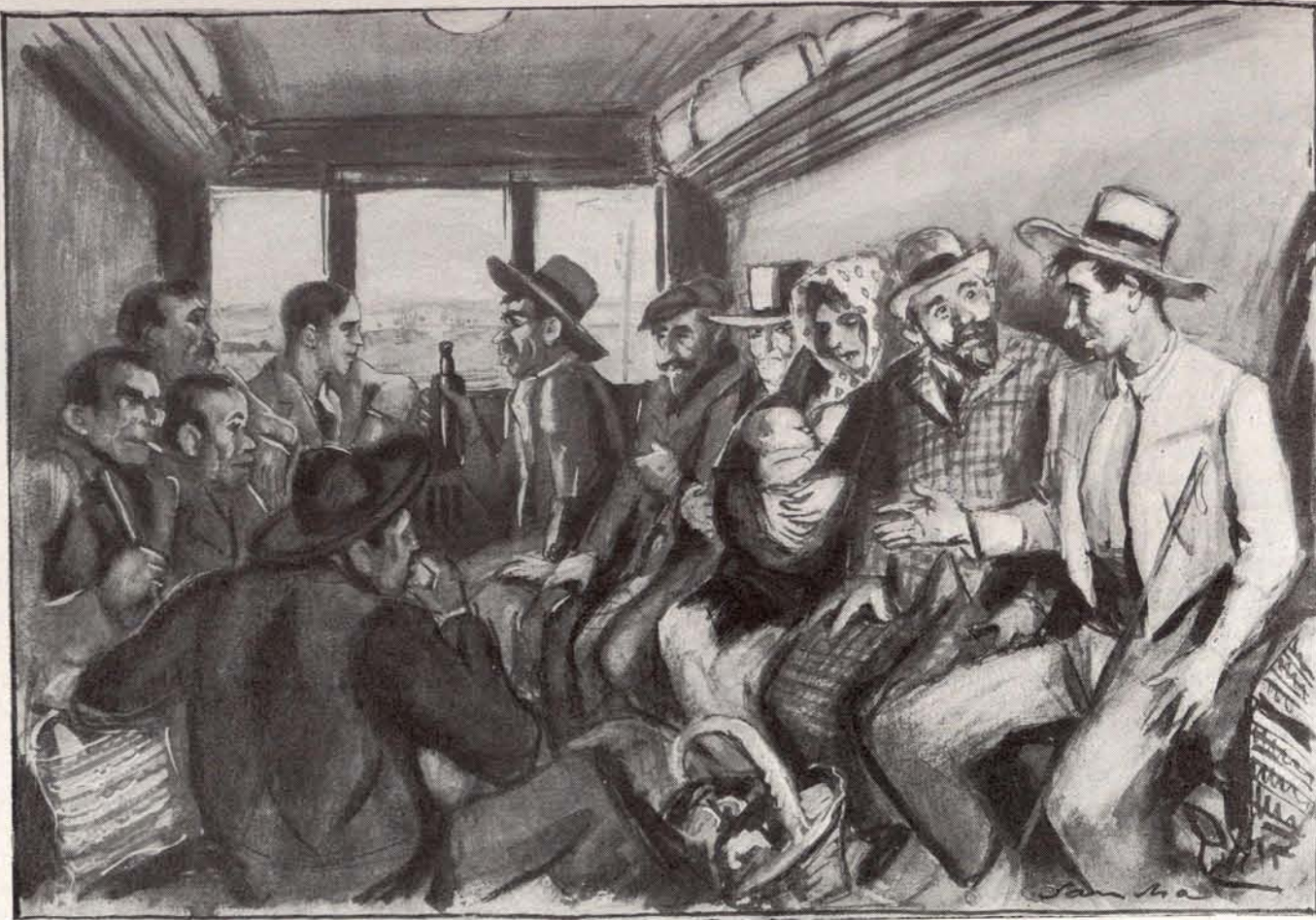
La familia descubre la afición del niño en los libros de estudio, que están llenos de monigotes, porque no los lee, y vienen los suspensos.

—¡Nada!—dice la familia—, que este chico no tiene afición al estudio; en cambio, ¿si le viera usted dibujar?...

—Pues mire usted—dice algún amigo de la casa—, déjele usted con su afición, ¿quién sabe lo que "puede salir"?...

Y el niño, que es un holgazán de siete suelas, ya no estudia más y está encantado el angelito, porque cree que dibujar no es más que divertirse. Enseguida dispensa la familia una liberalidad para el "artista", que no disfrutan sus hermanos: (el dibujante no es nunca hijo único) y ya está lanzado "con sus cosas"... Veremos adónde llega.

La educación artística de Málaga deja mucho que desear. Unos años de dibujar del yeso durante muchas horas seguidas han dejado, sin embargo, una buena



Mirándonos los viajeros frente a frente, dan ganas de preguntarse qué hemos hecho de malo en la vida para vernos así.

preparación, pero es lo único hecho con eficacia. Madrid suena en los oídos del dibujante provinciano como la meca de todas las posibilidades; ya no encuentra ambiente en su pueblo natal, y con un cartapacio lleno de dibujos hace su primera salida.

1894. De Málaga a Madrid en veinticuatro horas

Ha sonado una campana: es el primer toque; faltan pocos minutos para arrancar el tren, esos minutos interminables de las despedidas en los que se agotan todas las vulgaridades: "Que escribas; faltan dos minutos...", etc., etc." La campana ha vuelto a sonar por segunda vez, y a la tercera va la vencida.

Ha silbado la máquina y el "monstruo de hierro" se ha puesto en marcha... Pañuelos que se agitan sin cesar... Vamos instalados en un vagón de la época, de tercera clase, con cuatro ruedas, suficientes para sos-

tenerse sobre los railes, pero no se garantiza la estabilidad: los ejes no encajan bien y así el coche se va hacia la derecha o hacia la izquierda, según el sentido de la curva. El vagón es de compartimentos estancos, sin comunicación con los otros; mirándonos los viajeros frente a frente, dan ganas de preguntarse qué hemos hecho de malo en la vida para vernos así; es como estar en un calabozo.

—¿Qué delito ha cometido usted, compañero de viaje, compañero de fatigas?

—Yo, ninguno.

—Pues yo tampoco y, sin embargo, aquí vamos en tercera.

—¿De qué quinta eres tú?—me pregunta de buenas a primeras el vecino que me ha correspondido en suerte.

—Yo no he entrado en quintas todavía—respondo.

Pero mi compañero no se amilana; está decidido a entablar conversación conmigo, y apartándose del rincón de la ventanilla, escribe con lápiz en la madera: "El que lea esto es un sinvergüenza...", y me dice:

—Lee esto. (¡Buena, era peor!, pero ¿a qué repetirlo?) Indudablemente no se ha equivocado de departamento mi compañero de viaje; es de tercera ciento por ciento. Yo contesto, sonriente, que no sé leer, y en vista de mi buen carácter abre unas alforjas, saca una botella de vino, limpia el gollete con la palma de la mano y me ofrece a beber en la botella.

—Anda, toma un trago.

—Gracias, no me gusta...

—¿Me lo vas a despreciar?

Me ha mirado de tal forma, que no hay más remedio que aceptar. ¡Menos mal que en esos tiempos la aepsia estaba lejos de preocupar a las gentes!

Todos somos ya amigos y se entablan las más extrañas conversaciones.

—No hay manera de que llueva, ¡con la falta que está haciendo el agua!

—¿Llueve poco en esta tierra?—pregunta un forastero.

—No crea usted; el año "pasao", ¡"Josú", el agua que cayó en Málaga!; en fin, con decirle a usted que estuvimos tres meses "seguíos" sin ver el "so". "Na" más que los sábados, que salía una "mijita".

—¿Cómo los sábados? ¿Y eso, por qué?

—Sí, hombre, eso ya se sabe. ¿Usted no lo ha oído de "referí"?

"No hay sábado sin "so",
ni mocita sin "amó".

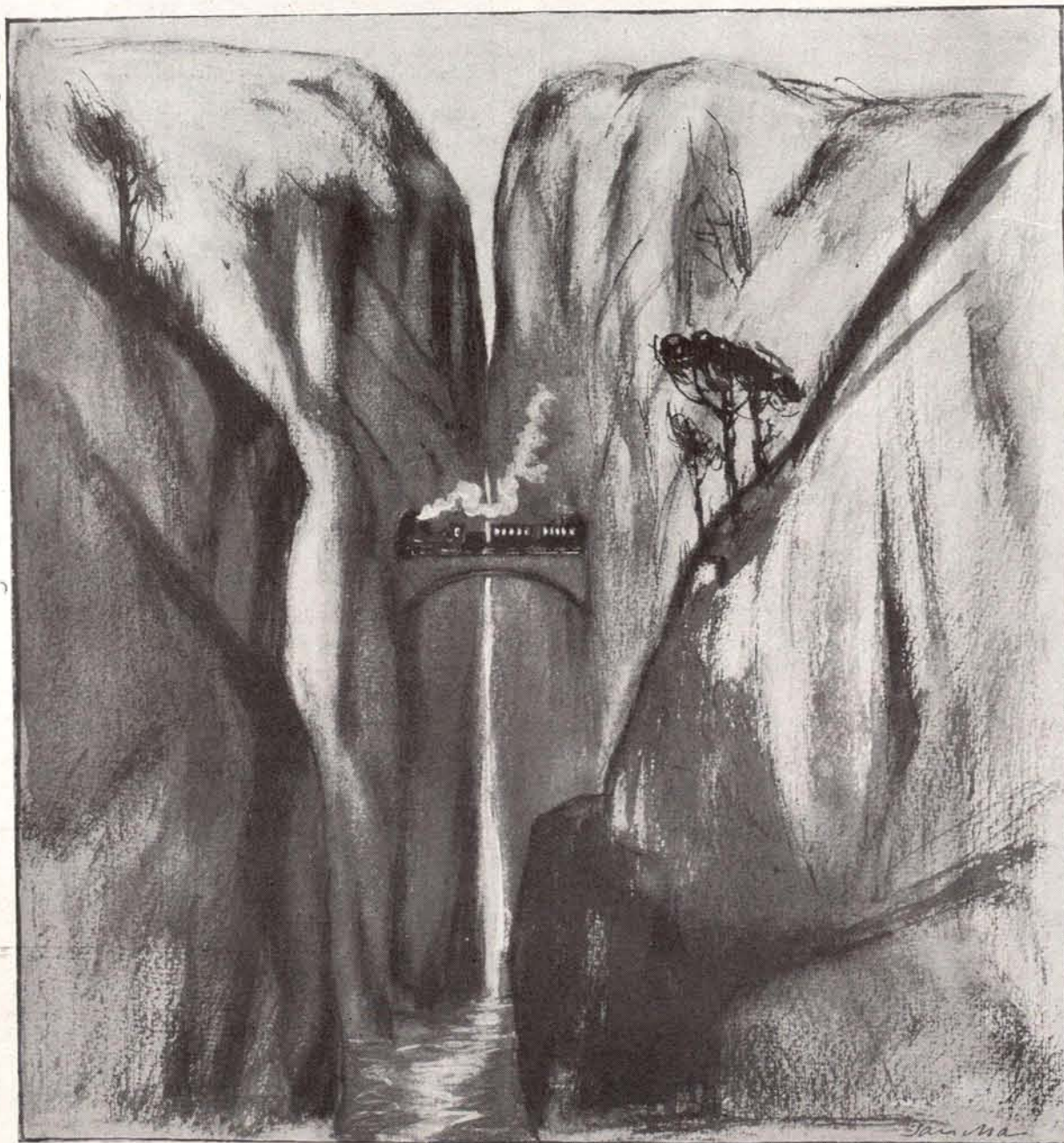
El tren ha parado en una estación y todas las cabezas que caben se asoman a la ventanilla: "¿Qué estación es ésta? ¿Cuántos minutos para aquí?...". Ya ha surgido la tortilla, la tortilla a la española para campo y viaje, envuelta en papeles de periódicos, que pronto tapizan, grasientos, el suelo del vagón. Indígenas y forasteros charlan sin descanso.

—¿Qué, le ha "gustao" a usted esta tierra?—pregunta un vanidoso nativo.

—Sí, señor, ¡como que no hay otra!

Hablan de un malagueño conocido de ambos.

—No, sino es que sea malo..., ¡pero parece mentira que ese muchacho, siendo de Málaga, sea un "infelí".



El desfiladero que ponía pavor a los viajeros novatos.

Mis simpáticos paisanos llevarían la vanidad de su nacimiento a ponérselo en las tarjetas:

PACO GARCIA
Malagueño por la G. de D.
Corredor de aceite.

Sin embargo, hay quien no admira a los andaluces tanto como ellos se merecen. No hace mucho apareció en "El Liberal" un anuncio que decía: "Señorita, buena presencia, desea protección de caballero formal. Absentarse andaluces." ¿Quién le habría inspirado ese anuncio absurdo? Algún malagueño, seguramente. Y porque viene a cuento, ahí va uno bastante viejo:

Salió de Málaga, solo en un vagón, un catalán, y en Pizarra subió otro viajero cargado de paquetes, alforjas y lios.

—Er caló que jase en esta tierra, compare—dijo el recién llegado.

—Usted es andaluz, ¿eh?—arguyó el catalán.

—No, ceñó, que no zoy andaluz...

—¡Ah, pues mire, ya es raro, eh; con ese acento!

—Que no, ceñó, que no zoy andaluz.

Pasaron las horas y, rendidos por el cansancio, hasta el andaluz había dejado de hablar. Pin, pan, pun... Todo el tren había pasado por encima de esas plataformas giratorias, sistema silencioso, que hay a la entrada de las estaciones y, acortando la marcha el tren, paró. Era Alcázar de San Juan. Un pregón retumbó debajo de la cubierta de cristales. "¡Tortas de Alcázar, cajitas de almendra superior, frasquitos de anís del mono con su vasito, almohadas, se alquilan almo-

hadas..." Al que le habían tomado por andaluz despertó sobresaltado...

—¿Qué estación es ésta?—preguntó, asomándose a la ventanilla—. ¡Digo! ¡Si es Alcázar, si me iba a pasar!

Abrió la portezuela y empezó a echar bultos al andén, y ya de pie en tierra, antes de cerrar, exclamó, dirigiéndose al catalán:

—¡Oiga usted, oiga usted; que sí que zoy andaluz, pero que en viaje no me gusta darme importancia!...

Pero dejémonos de cuentos andaluces, que Despeñaperros se ha quedado ya muy atrás, y el amanecer en la Mancha, cuando el sol ha empezado a iluminar el horizonte en la llanura, nos ha dejado una huella de frontera en el alma.

IMAGINACIONES Y REALIDADES

ENTORNO A CHESTERTON

Por HERMINIO R. DE NOVAL

ESPECIAL PARA «CIUDA»

sonrisa burlona de Chesterton; el recuerdo, tantos años dormido, del piloto inglés descubridor de la antigua Inglaterra, bajo la impresión de que era una ignorada isla del mar del Sur. Porque es indudable que esto del egoísmo desinteresado, que mi dolor acaba de ponerme súbitamente, como un descubrimiento original, ante los ojos fatigados de llorar y de ver, estaba ya descubierto de largo tiempo. Pero, ¿dónde?, ¿por quién? ¿Acaso en Chesterton? Y a Chesterton me fui, con la cordial alegría de quien sale al encuentro de un viejo amigo que torna de lejanos países después de una dilatada y silenciosa ausencia.

Y en el capítulo V de su *Ortodoxia*—producto, como ya se sabe, de un frustrado propósito juvenil de aventura herética—Chesterton llega, con su imperturbable sonrisa de londinense de la mejor solera, a una serie de conclusiones aparentemente desconcertantes y, por descontento, sutiles. Una: que el hombre es, en cierta manera, una monstruosidad, inadaptable como tal al mundo, y que de la creencia en esta inadaptableidad nace el optimismo inserto en las creencias del buen cristiano. Otra, complementaria de la anterior: que Dios, al hacer el mundo, más bien que un poema, había escrito un drama, un drama que había planeado como cosa perfecta, pero cuya representación quedaba confiada a los actores y directores humanos, quienes, desde luego, la destrozaron sin compasión. El cristianismo aparece, por tanto—en el sentido más respetuosamente alegórico—como el intento de la creación de una escuela de buenos actores capaces de representar con fidelidad y con arte el drama escrito por el Creador. Condición esencial para ello es renunciar a las dos posiciones extremas en que los hombres propenden a situarse ante el mundo: el pesimismo y el optimismo. Chesterton no sólo rechaza semejantes posiciones extremas, opuestas diametralmente, sino que declara falsa y, por tanto, inadmisibles una tercera actitud de máxima comodidad: la de aceptar resignadamente que en este mundo el bien y el mal aparezcan mezclados a toda hora. Nuestro humorista quiere, por el contrario, con recio ímpetu emergido de su ortodoxia, algo más difícil y más duro de lograr. Es, sin duda, lo mejor y lo más acertado decirlo con sus propias palabras:

«Mas, para nuestros titánicos empeños de fe y revolución, no es esta fría aceptación del mundo, a guisa de compromiso ineludible, lo que nos conviene, no; sino algo que nos permita odiarlo y amarlo cordialmente. No queremos que la alegría y el pesar se neutralicen mutuamente para producir un contentamiento agríndice, sino que queremos un fiero deleite o un fiero descontento. Tenemos que considerar, a la vez, el universo como el castillo del ogro que ha de ser demolido y como la propia cabaña a que hemos de regresar todas las noches.»

Creo por mi cuenta, reservándome prudentemente un margen de temor a errar, que esta actitud es la que define el rasgo más característico del alma auténticamente católica y la que explica, por otra parte, multitud de hechos que no suelen ser bien comprendidos. Por ejemplo: odiar a un semejante hasta el punto de atormentarlo con los más extraordinarios rigores y de darle muerte, encaja en las posibilidades de todos los hombres. Las guerras de religión no han sido disentir de esta actitud gran cosa. Pero perseguir, atormentar, exterminar en nombre del amor, juzgo yo, siquiera de buena fe me equivoque, que es empresa reservada a la ortodoxia católica.

«No cabe duda, afirma Chesterton, que cualquier hombre es capaz de arreglárselas con el mundo; pero lo que queremos no es la energía bastante para arreglárselas con el mundo, sino la energía bastante para arreglar el mundo. ¿Se es capaz de odiarlo al punto de reformarlo, amándolo, sin embargo, al punto de juzgarlo digno de reforma? ¿Se es capaz de admirar su dosis colosal de bondad sin sentirse inclinado a probarlo? ¿O de considerar su dosis colosal de maldad sin sentirse desfallecer de desesperación? En fin, ¿se es capaz de ser a un tiempo mismo, no digamos ya pesimista y optimista, sino pesimista fanático y optimista fanático? ¿Se es pagano hasta morir por el mundo, siendo a la vez cristiano hasta morir para el mundo? Y mantengo que, en esta combinación,

el optimismo racional es quien fracasa, y quien triunfa es el optimista irracional. Sólo éste se declara dispuesto a anonadar todo el universo para el mayor bien del universo.»

Esta singular actitud que reclama del hombre la ortodoxia cristiana se presenta por eso, para Chesterton, como el rasgo más puro y más diferencial de su significación histórica. Su peculiaridad, como él dice, consiste en eso: en ser peculiar, en ofrecer la solución de un enigma y no la última verdad a que se llega tras una larga discusión. Lo característico, lo esencial del cristiano se nos presenta entonces como una permanente proyección del yo íntimo sobre el universo circundante, es decir, como el apremio ineludible, y de fuerza irrefragable, de salir de sí, cabalgando sobre un corcel cuya carne es mixtura de odios y de amores, para anonadar el universo tanto por odio como por amor a él.

Lo más anticristiano, por tanto, es encerrarse dentro de sí mismo y vivir al solo fulgor de la lámpara de las íntimas adoraciones, levantando un muralla—de tierra a cielo—que nos defienda y nos recate. Así se explica el odio, más bien que el desprecio, de Chesterton por los estoicos y, de modo muy singular, por la destacada figura de Marco Aurelio.

No me despierta interés, de momento, puntualizar y comprobar si es justa la diatriba de Chesterton contra Marco Aurelio, de quien no tengo, por otra parte, más que las noticias superficiales que pueden hallarse a mano en cualquier librería. Sospecho, no obstante, que al destacarlo de la línea de los últimos estoicos para concentrar sobre él todo el malhumor que en Chesterton despierta la doctrina de la Luz interior, la tesis de los moralistas introspectivos, ello obedece a que Antonio Marco Aurelio fué, como se sabe, el emperador romano que decretó la cuarta persecución contra los cristianos, olvidando la ayuda, milagrosa o no, que éstos, encuadrados en la legión Melitina, le habían prestado para decidir en su favor la lucha entablada frente a Estrigona contra los marcomanos, que lo tenían muy gravemente comprometido. No insisto en ello, ni siquiera me decido a abrir aquí un paréntesis de curiosidad para discernir si, como Allard dice en su *Historia de las persecuciones durante los primeros siglos*, los diecinueve años de su reinado fueron los más turbulentos que atravesó la Iglesia recién nacida. El estoicismo no me interesa ni me parece una visión apetecible del mundo. Pero sí me interesa concluir recordando lo que Chesterton dice sobre Marco Aurelio al destacarlo como prototipo del «egoísta desinteresado».

El egoísmo, como ya dije, se explica y se legitima, en principio, por el signo que le imprime la existencia de un interés. Egoísmo sin interés concomitante no es otra cosa que una aberración reveladora de perversidad, que busca complacencias en el sacrificio innecesario del prójimo, o un exponente del orgullo que traspasa como una daga el corazón del hombre. Es decir, el egoísmo, para no ser un extravío morboso y repelente, ha de tener siempre pronta y despierta la contestación a nuestro ineludible y legítimo «para qué». Marco Aurelio se le presenta a Chesterton como el más intolerable de los tipos humanos, que es el egoísta desinteresado. Y un egoísta desinteresado, dice, es un hombre que está lleno de orgullo, pero sin pasiones que lo justifiquen. Como carece del odio o del amor necesarios para emprender una vasta revolución moral, se entretiene en hacer juegos malabares con una serie de pequeñas cosas intrascendentes e inestables que disipen su incurable aburrimiento.

Marco Aurelio, en resumen, es el mal piloto que acaba por anclar la nave de su vivir, en vista de que no acierta con la indispensable pericia de alma para ensalzarla. El cristianismo, por el contrario, es la solución del dilema que los estoicos no podían resolver, o más bien, la demostración de que el supuesto dilema—pesimismo u optimismo—no era otra cosa que un artificio deleznable. Frente a este artificio se levanta lo que Chesterton llama la proposición radical de todo el teísmo cristiano, a saber: dividir a Dios del cosmos, en lugar de identificarlo con él; considera que Dios es creador en el mismo sentido en que es creador un artista; adherirse a la idea de que toda creación es separación y que el nacimiento es una partida tan solemne como la muerte. Esto permite al cristiano, y sólo a él, estar en paz con el universo y en abierta guerra con el mundo. Por donde se ve que eso de ser cristiano es una cosa formidable, algo mucho más serio que rezar y que lo que los cristianos de pan llevar suelen creer. El cristianismo es, por esencia, una milicia que no puede dormirse pacíficamente en sus tiendas. Cada cristiano ha de ser un guerrillero capaz de alegrarse y de indignarse sin degradación. Un hombre equivale, en el cristianismo, a una espada permanentemente blandida a impulsos del amor y del odio que destilan las entrañas de su corazón.

En resumen: lo que un cristiano no puede ser en ningún momento es, como Marco Aurelio, un egoísta desinteresado. Porque lo que el cristianismo impone a sus adeptos—y con esta feliz imagen de Chesterton cierro mi larga divagación dolorosa—es que se sientan realmente los supervivientes de un naufragio, la tripulación de un barco de oro que se ha ido a pique antes de los comienzos del mundo. La salvación es, por tanto, una obra de solidaridad, aun cuando, en ocasiones muy precisas y llenas de exigencias morales, pudiera convertirse en un egoísta ¡sálvese quien pueda!

Si bajo el sol de España florecieron los grandes místicos, bajo las nieblas inglesas se crearon los grandes humoristas. Chesterton y Bernard Shaw, tan análogos y, sin embargo, tan radicalmente distintos, son arquetipos de este género literario tan gustoso y tan difícil, del que dijo Richepin que es como un extraño vinagre en el que siempre existe azúcar.

A Chesterton he vuelto ahora, después de una larga ausencia de muchos años, al darme cuenta de que, como a él mismo, me había ocurrido algo que no deja de ser, en cierto modo, tristemente gracioso. Chesterton escribió, como se sabe, un libro jugoso bajo la rúbrica general de *Ortodoxia*, respuesta aguda y desenvuelta a una incitación de Street sobre la necesidad de que definiera su teoría cósmica. Terminado su libro, Chesterton cae en la cuenta de que no ha hecho, en realidad, otra cosa que descubrir el cristianismo, o, como él dice, que ensayando alguna herejía por su cuenta, se encontró con la sorpresa de que su herejía era nada menos que la ortodoxia. Y haciendo finas burletas, muy graciosas, sobre el caso, es decir, riéndose con sana risa de su dramática situación de descubridor, escribe: «A menudo he soñado en escribir la historia de un piloto inglés que, habiendo calculado mal su derrotero, descubrió nada menos que la antigua Inglaterra, bajo la impresión de que era una ignorada isla del mar del Sur.» Y aun agrega: «Si este libro es una burla, lo es contra mí mismo; que yo soy ese hombre que, armado de todo su valor, descubrió un día lo que ya estaba descubierto hacía siglos.»

El libro, no obstante, no es una burla ni mucho menos, aun cuando en sus páginas se destaque siempre, con acentuado brillo de simpatía, la luz clara y humana de la sonrisa, dulcificadora de las cosas más serias y más abstrusas que se puedan decir.

Pero no es de esto, con ser tan atrayente, de lo que pretendo hablar ahora, sino de que todo ello se me ha reverdecido en el recuerdo al darme cuenta de que yo, al cabo de una quincena de años de haberle leído y como olvidado, acababa también de descubrir a Chesterton a través de la incurable amargura que se ahonda en mi corazón. He aquí cómo:

Examinando cuidadosamente el índice de mis desventuras personales, había llegado en los últimos tiempos a la conclusión de que, para ser justo, debía cargarlas tanto a la perversidad del alma corcovada que me las había girado como al egoísmo sistemático que tiene hincadas hondamente sus raíces biológicas en el subsuelo de la personalidad humana. Antes de que se consumara la tragedia de mi ruina espiritual, la intuición me decía siempre a grandes voces que yo estaba predestinado a ser víctima del desenfreno de un egoísmo incomparable y brutal. Así he de decirlo centenares de veces a quien le era menester, alarmado por su visible y creciente falta de abnegación y por el epicurismo práctico, esencialmente anticristiano, con que rehuía, a costa de todo, el más leve motivo de pena que pudiera traspasarla como una espada ardiente las entrañas del corazón. Pero, aun así, mis dolores, con ser tantos y tan amargos como inmerecidos, no excluían una cierta resignación íntima, que me daba fuerzas y alientos morales para soportarlas; porque yo sabía bien, por una parte, que no pueden pedirse ni esperarse grandes cosas, cosas elevadas, singulares abnegaciones de las almas de munición, de los espíritus vulgares y desalados; y, por otra parte, que existe siempre una zona moral en que el egoísmo, contraído a su noble finalidad, puede exhibir legítimas ejecutorias que lo engrandezcan. Ser egoísta es, en última instancia, defender energicamente la necesidad y el deber radicales de vivir, la posibilidad de tener acceso franco al cumplimiento de un destino que, desde un punto de vista moral, no puede ser alegremente dimitido. Pero sabía también que el egoísta ha de poder ofrecernos siempre un alegato que disculpe y haga valedero su egoísmo, para que, al propio tiempo, resulte justificado el sacrificio de que, en su defensa, se nos hace víctimas. Es decir, que, como Spencer opinaba, el egoísmo se explica y, en su caso, se legitima, en principio, por el signo que le imprime la existencia de un «interés» personal defendible. No interesa ahora, por tanto, si, como santo Tomás dijo, el desordenado amor de sí mismo es causa de todos los pecados, sino meramente subrayar que, buenas o malas, morales o inmorales, legítimas o ilegítimas, las acciones dictadas por el egoísmo se nos presentan como inseparables de aquel interés que las tiñe de inconfundible humanidad; porque tan propio y tan original es en el hombre el pecado como la virtud.

Egoísmo sin interés se nos presenta, por el contrario, como una repugnante aberración moral reveladora de la máxima perversidad, como una diabólica complacencia en el daño y en el exterminio ajenos, sin ninguna clase, ni ordenada ni abusiva, de beneficio propio. Comprendo que el egoísta me hiera, me mate, me expropie, me robe la felicidad, cometa conmigo los más extraordinarios desafueros, cuando de esta comisión se deduzcan para él aprovechamientos cuya naturaleza moral, de momento, no me interesa calificar. Pero lo que no comprendo ni concibo, aun teniéndolo teñido en sangre ante los ojos desorbitados, es el egoísmo sin interés, el «egoísmo desinteresado».

Al llegar a este punto de mis reflexiones íntimas fué cuando asomaron sobre las bardas de la conciencia el perfil y la



SEVILLA-NUEVA YORK

por CARLOS BORONAT

El gran Currito, «toacor» de guitarra de los buenos, emigró a los Estados Unidos, donde, según sus noticias, estaban en auge las cosas españolas. Sevilla ya no era la Sevilla de antaño. ¡Señor, si hasta las mujeres se aventuraban a pasar por la calle de las Sierpes sin miedo a los piropos que les dirigían desde los cafés. Ya no había ni humor ni gracia para gastarse un billete de los grandes en una juerga. Y Currito dejó su «Zeviya». ¡Cómo echaría de menos algunas de sus calles: tortuosas, de casas con rejas llenas de claveles, floridas celosías! También dejó a su vieja, pequeña, menuda, de rostro apergaminado, la cual no tiene al día tiempo para que su rostro marchito reciba la caricia tibia del agua, mas sí para ponerse en su ralo moño de plata una rosa fresca, fragante. Coquetería de mujer que no pasa con los años.

Si él pudiera actuar en uno de los muchos «music-halls» de Nueva York... Lo que lamentaba era no poder ser acompañado por un virtuoso del cante «jondo». Ante una «soleá», unas «granainas», unas tarantas o unos fandanguillos, que se quitase toda la música americana. Y si además hubiera sido posible ir también acompañado de una «bailaora»... Todo esto lo pensaba Currito cuando se disponía a dormir abajo, al lado de las bodegas, en el fondo del mismo buque.

Por fin, llegó Currito. Un antiguo compadre suyo le estaba esperando, y una vez cumplidas ciertas formalidades, Currito, con su traje de corto, el pantalón abotinado, las botas de chanclo negro y caña de color de avellana, el sombrero ancho y con la guitarra—dentro de la funda de bayeta verde—colgada del brazo, pisó por vez primera la ciudad de los rascacielos.

—¡Vaya edificios! ¿Verdad?—le decía a Currito su compadre en una jerga, mitad de andaluz y mitad de ese inglés que se habla en Norteamérica.

—Y desí que estas casas son artas—respondía Currito, todo quemado—. ¡Pero, compare!... ¿E que no se acuerda osté ya de esa torresilla que se llama la Girarda? Tan arta e, tan arta, que toos los días Zan Pedro dise a un angelito: «¡Niño, ve a vé qué hora e!» Y er angelote saca su cabesita dorá, escucha, y después de un rato vuerve: «Zeño Pedro, en la Girarda acaban de dar las dose.» «¿Las dose?—dise er portero der sielo—, pue a comé.» Y toca la campana... ¡Compare!—añadió Currito—, hay que darse una güerta por Zeviya a ve la Torre der Oro, esa mosita que tie por erpejo las aguas der Guadarquiví.

El compadre llevó a Currito donde él tenía su residencia. Al observar que la habitación estaba dividida por un biombo, Currito preguntó: «¿Quién duerme ahí?» Al enterarse de que el compañero de alojamiento era una joven mecanógrafa, no mal parecida, exclamó:

—¡Compare de mi arma! ¿Osté cree que yo me voy a podé dormí zintiendo cómo una mujé ze quita primero un sapa-to, después el otro, después... ¡Vaya, que no!

—Pues te advierto, Currito, que aquí no se puede dar sin cumplirla palabra de casamiento a ninguna mujer. Ten cuidado con lo que dices.

—¿La dió mi pare a mi mare? ¿La dió mi agüelo a mi agüela?... ¡A ve zi cree que yo voy a resurtá la ersepsión de la familia!

Pero Currito, aquella noche, en cuanto cayó en la cama se quedó dormido, sin que el recuerdo de los zapatos de la mecanógrafa le turbara el reposo... Al día siguiente, nada más que levantarse, no muy temprano, se acordó de su costumbre sevillana: un chatito aquí, otro chatito allá...

—Aquí no hay chatos, Currito—le dijo el compadre. No había sido abolida aún la ley seca.

—¿E que toos los de aquí zon nariguos?—contestó Currito son sorna—. Ya zé que ezo de los chatiyos solamente e en Zeviya... ¡Ay, mi Zeviya!... Güeno, pos vamo a bebé servesa o vermú, con ezas gotitas tan amargas que le ponen.

—Aquí no hay ni cerveza ni vermut.

—Pero... ¿qué ze bebe en este pueblo?

—Agua.

—¿Ha dicho osté agua, compare?

—He dicho agua, Currito.

—¡Mardita zea mi arma! ¿Pero qué delito he cometido yo pa está castigao a bebé agua a toas horas?... Er agua ez coza que ze güele, y na; ze mira, y na, y ze toma uno un buchito, y «niná», «niná». Mi pare, que en santa gloria esté—y al decir esto, Currito se quitaba el ancho sombrero—, desía que el agua era güena pa boticarios y pa taberneros sinvergonsones. Pero... güeno, ezo del agua será una broma, ¿verdad, compare?

—No es broma, Currito.

—¡Pero, zeño! ¿Quién me va a obligá a mí a que beba agua?

—Pues bebe un vaso de leche.

—¡A ve si hay formalidad, compare! ¡Que ya he echao hasta las muelas der juisio!

En este momento recordó lo primero que vieron sus ojos al llegar en el barco: la estatua de la Libertad.

—¡Compare!—dijo de pronto nuestro gran Currito—. Lléveme ante eza estatua que tie una lu en la mano.

—¿La estatua de la Libertad?—le respondió el compadre.

—Zí, eza... ¡Home!... ¿No hay un himno dedicao a la Libertad?... Zí, aquer que dise... ¿Cómo dise, Currito?...

Fué inútil cuanto estuvo pensando para dar con el himno de Rouget de l'Isle. El compadre llevó a Currito a que viese a lo lejos la célebre estatua, y Currito, al verla, echándose el sombrero hacia la nuca, poniéndose en jarras y meneando la cabeza, empezó a gritar:

—¡Pero, zeñora!... ¿E qué presume osté?



Jugadores y fulleros

Los norteamericanos, apasionados por todos los juegos, y más particularmente por aquellos en que predomina el azar, ofrecen un vasto campo de explotación a los jugadores profesionales, que, por su parte, sacan un buen provecho de ello. No es ésta la ocasión de dar aquí una explicación de la muerte misteriosa del famoso Arnoldo Rothstein, el más célebre de los jugadores, asesinado de un tiro en el corazón, el 4 de noviembre de 1928, en su departamento del hotel Central Park, en Nueva York. Pues bien: al día siguiente de su muerte, Rothstein habría ganado dos millones de dólares, gracias a sus felices apuestas sobre la victoria electoral del presidente Hoover... Abstracción hecha de esos dos millones, dejó, a pesar de todo, una fortuna enorme, de la cual unos siete millones de dólares estaban representados por el valor de los depósitos de cocaína en las dársenas de Nueva York. Jugador por temperamento, Rothstein se distinguió por su pasión de apostar. Para él todo era pretexto de apuestas. Jamás salió a la calle sin llevar consigo 25 ó 30.000 dólares, por si se le presentaba la ocasión de apostar sobre cualquiera cosa, no importaba cuándo ni dónde. Un día apostó que jugaría al billar durante 48 horas seguidas con rivales que se alternaran, y ganó su apuesta.

Otro famoso jugador norteamericano, John W. Gates, ganó de un solo golpe 15 millones de pesetas en el Derby, y otra vez tres millones a consecuencia de un concurso de palomas mensajeras. El mismo Gates, no obstante, sufrió

pérdidas considerables. Un día, o mejor, una noche, perdió 500.000 dólares, y pagó sin pestañear.

Uno de los más fieles lugartenientes del famoso Gates no es otro que William J. Fallon, célebre abogado defensor de los «gangsters», de los cuales es su providencia *in extremis*. Hombre de un talento inmenso, sabe hacer simpáticos a sus siniestros clientes, a quienes logra más de una vez hacer absolver. El abogado Fallon es un gran señor, para quien mil dólares tienen menos valor que una moneda de cinco céntimos a vuestros ojos o a los míos. Pródigo, es el rey de la vida nocturna de Broadway. Extraña figura la de este abogado sin par, jugador desenfrenado, de procedimientos discutibles, que aparece aureolado de una admiración sin límites y de una reprobación no menos justificada.

No hay que confundir esos grandes jugadores profesionales con los impostores que recurren a las cartas o a las ruletas con trampa. En cuanto a esos falsos jugadores, nada más instructivo que las confesiones de uno de ellos, el famoso Montague Noel Newton. En el ocaso de su carrera, este tahir se complace en desvelar una multitud de secretos profesionales y en rectificar ideas erróneas divulgadas en el público con respecto a ese género de filibusteros. Noel Newton niega, por ejemplo, que los jugadores fulleros, los verdaderos, los profesionales, traten de servirse de juegos de espejos que reflejen las cartas de su compañero de juego. ¿Cómo, en efecto, podría fundarse esta «industria» en un azar que se presenta o no se presenta y que, por otra parte, no tardaría en advertir la víctima? Es también errónea la creencia de la pitillera pulida y lisa que refleja el juego del «partenaire». Pueden presentarse casos aislados, semejantes, pero no son esos los verdaderos trucos del oficio, que es infinitamente más complicado. Se opera preferentemente con cartas marcadas imperceptiblemente para el profano. A menudo esas cartas ni siquiera están marcadas por el tahir, sino por la fábrica de donde salen esos juegos de cartas. Estudiando atentamente el revés de cada naípe, el jugador fullero termina por reconocerlas tan bien como si las tuviera al derecho. Pero el medio más seguro de los jugadores tramposos es tener un compinche que, colocado más o menos cerca de la víctima, revela su juego por medio de signos de inteligencia y de gestos convenidos.

Montague Noel Newton, as de ases, ejerció su arte peligroso a través del mundo entero y con raro éxito, como lo demuestra la partida empeñada con el maharajah sir Hari Singh, a quien le ganó 150.000 libras esterlinas, o sea unos siete millones de pesetas.

«Lo más difícil en el oficio—escribe Newton—no es descubrir un «gentleman» rico amante del juego, sino llevarlo a que él mismo os proponga tentar vuestra suerte. Jamás un jugador fullero debe tomar la iniciativa, porque puede hacerse sospechoso en cuanto comience su suerte más o menos insolente.»

Newton cuenta varios «trucos» empleados por él con éxito cuando trató de despojar un rico sin que éste llegase a sospechar. Así procedió, por ejemplo, con un riquísimo coleccionista español, que tenía la manía de las viejas estatuillas chinas que representaban divinidades. Un día, Newton invitó al español a visitarle: quería enseñarle, como experto, una estatuilla que databa de la más remota antigüedad. El español aceptó la invitación y quedó extasiado ante el objeto de arte.

Desde entonces el coleccionista no dejó de suplicar a Newton que le cediese esta maravilla. Le ofreció un precio elevado. Newton rehusó. Luego, al ver la pena del español, terminó por ofrecerle la estatuilla ¡gratuitamente! El español juzgó que no podía aceptar un regalo de semejante valor. Entonces, sonriente, Newton propuso a su interlocutor que lo decidieran los dados. En cualquier caso, la estatuilla quedaría para el español, quien, si perdía, la pagaría al doble del precio ofrecido por el caballero. Este último aceptó, y la partida fué jugada. Perdió el español. Galantemente, Newton le ofreció una partida de desquite, que fué aceptada y también perdida por el español. Ya engranado en el juego, esta vez fué el español el que pidió un nuevo desquite. Una hora después, había perdido dos millones de pesetas, o sea cuarenta veces el precio de la estatuilla tan deseada.

Los dados de Newton estaban, naturalmente, cargados.

Pues, a semejanza del ilustre físico inglés del siglo XVII, padre de la ley de gravitación, su molesto homónimo actual se prevale también de una ley, aunque, eso sí, poco recomendable: «Nunca hay que jugar, dice, con dados que no hayan sido previamente cargados.»

Este príncipe de los tahures cuenta algunas deliciosas anécdotas de jugadores fulleros que no se conocían y que, de improviso, se descubren en la misma mesa de juego de algún casino o en el salón de algún paquebote transatlántico. Apenas se advierten recíprocamente, no se hacen la competencia ni entran en lid entre sí, sino que se establece de inmediato un acuerdo tácito para repartirse el campo de acción y las utilidades que obtengan.

Nuestro colaborador, el célebre Sancha, contemplando una de las bellas estampas japonesas de "Billiken".

Muñiz Lavalle acompañado del Secretario de la Legación de China Sr. A. Hoo Che Shy y su distinguida señora esposa.

Un grupo de concurrentes a la inauguración: nuestro colaborador, el gran artista valenciano Gori Muñoz; nuestro Director, D. Víctor de la Serna; Muñiz Lavalle; el representante del poderoso periódico argentino "La Prensa", y el primer Secretario de la Embajada argentina, D. Guillermo de Achaval.

"Billiken" acompañado del señor J. Watanabe, agregado de la Legación del Japón, y de otro funcionario de la Representación diplomática japonesa en España, con quienes tuvo oportunidad de conversar en japonés, recordando sus buenos días de Tokio.



EXPOSICION "BILLIKEN" EN BELLAS ARTES

Unas pocas palabras solamente. El tema nos es abundante y el sujeto tan entrañable, que hablamos de él con un rubor de inmodestia, pues Ramón Muñiz Lavalle es tanto de esta casa, que es quizás su trozo mejor. Hablemos, pues, sofrenando el elogio y en procura de una objetividad tan distanciada como le sea posible a nuestro afecto.

Apuntemos, en tono un poco cruel de desquite, que Muñiz Lavalle, escritor de anchos horizontes y dibujante voraz, ligado a la mejor prensa argentina y con un año de residencia en España, hubiese pasado por la "metrópoli de Hispanoamérica" sin pena ni gloria, sin que nadie hubiese tomado nota de su paso como otros muchos. Madrid no tiene tiempo más que para mirarse a sí mismo. A los causahabientes de un presunto "imperialismo hispánico" totalmente enmohecido y faisantón, les es suficiente con echar unas peroratas el 12 de octubre, merodear la bien pagada colaboración de los periódicos de ultramar, procurarse algún pingüe curso de conferencias por allá y hablar, durante el año, de "las Américas" con el vago tono fabuloso y ausente de si a la isla de Taprobana se refiriesen. Pero cuando llega la hora de la verdadera amistad, de la ayuda abnegada, del compañerismo vigente, del descubrimiento sentido de nuevos valores de aquellos pueblos fraternos y de su revelación aquí, entonces cada uno de los albaceas del presunto imperialismo carroña se mete en su concha, bien cerrado de valvas, y espera a que el buen hispanoamericano—que aprendió en la escuela de su país a llamar a España "la Madre Patria"—se aburra y vuelva a su país sentimentalmente estafado y dispuesto a sentirse cada día menos cómplice de la entelequia de "los comunes destinos" y del "conjunto civilizador y de los pueblos de un mismo idioma". Y esto lo digo yo, que soy español de nación y de vocación, y que lo he continuado siendo en media vida que pasé en la Argentina. Me da bastante vergüenza, pero hay que decirlo, y tenemos que ser nosotros quienes lo digamos, ver si esto tiene arreglo todavía.

Ramón Muñiz Lavalle hubiese pasado por España como el agua por el cauce liso de un canal, si CIUDAD, en buena parte obra suya, no lo hubiese remansado en el blanco meandro de sus páginas. Señalemos la excepción de Manuel Abril, que le dedicó cariñosas verdades de su pluma en "Blanco y Negro".

Ahí está Ramón en los muros de Bellas Artes. Júzguelo quien tenga tiempo y oficio. Unas estampas musculosas, calientes, ricas de pasta humana, de espaldas a la preocupación intelectual, y a las recetas estéticas, "a priori": modernas, por lo tanto, pero modernas como unos pantalones, como un aeroplano o como un giro de la conversación. Como esas cosas que devienen modernas ellas solas, sin saberse por qué, obedeciendo a un fluir cro-

nológico totalmente descascarado de premisas y almanaques. Muñiz Lavalle viajó por todo el mundo, pero no para ilustrarse, ni siquiera para ilustrar, sino para eso, para viajar; para obedecer al mismo empujón del espíritu que le lleva a jugar al "rugby" o a escribir sobre política internacional. Y esas láminas son su cuaderno de bitácora en el mismo grado que lo son los "goles" de Tokio o el conflicto de la Manchuria. Y por ello tienen la misma presencia elástica, deportiva, alegre de movimientos nacidos sin esfuerzo ni encaminados a estas o aquellas consecuencias, sino nacidos para nacer y nada más.

Esta vitalidad, sobre todo en un medio aherrojado y pacato como el nuestro, es su mérito y presencia más estimables. Mérito y presencia esencialmente americanos. La creación sin hipócritas ceños transcendentales, sin gargajeo doctoral y gotoso, sin que caiga de los labios el silbeteo del último "bleu", en mangas de camisa—de camisa limpia—y sin esperar que se les llame genios. No importa qué: Una locomotora, una ciudad, un nuevo modelo de guantes o unas páginas que atraerán los honores y los cuartos del premio Nobel: Lo importante es crear y no darle demasiada importancia a lo hecho—ya muerto, por lo tanto—, sino a lo gerundio, a lo ir haciendo... América es eso.

Claro está, la técnica es lo de menos, porque es implícito, para el americano, hurgarle al oficio todos sus intrínquilos antes de ponerse a hacer. Saber lo que se va a hacer no importa tanto como el saber de qué manera se va a hacer. La técnica de Muñiz Lavalle es cosa perfectamente domada. Su obra se apropia del espectador directamente, del tema al ojo, del cuadro a la atención, precisamente porque la minucia de la realización está tan resuelta, que no es visible. Hasta el mismo coraje de los tonos, que no aspiran a lo decorativo habitual, resulta, por ende, decorativo en grado sumo. El pintor nos lleva su vértigo sin que lo sintamos, nos hace "suyos", nos atrapa y nos incorpora a su mundo plástico y emocional sin halagarnos, sin adularnos, sin abusar siquiera de la féérica sugestión que emana siempre de los temas exóticos, sino por los caminos rectos de la simpatía artística, nacida en este caso de la claridad del lenguaje, de la despreocupación intelectual y de la sinceridad contagiosa con que este artista se nos presenta. En medio de tanto calambre, de tanta retórica o de tan inflada mediocridad, la muestra de Muñiz Lavalle es un descanso. No quiere decir más que lo que dice ni su obra se presta a torturadas traducciones. Unas estampas de un viaje por el mundo llenas de luz y de carácter, realizadas con mano segura, con un fino sentido del humor y eludiendo fáciles pintoresquismos. Trazo obediente y color rico. Nada más. Y nada menos.

E. B. A.



Apuntes de una romería vasca, publicados en el diario español "Informaciones", de Manila.



Dibujo publicado en el "Tokyo Nichi-Nichi", en el Japón.



Ramón Muñiz Lavalle, "Billiken", visto por el dibujante filipino Esteban.

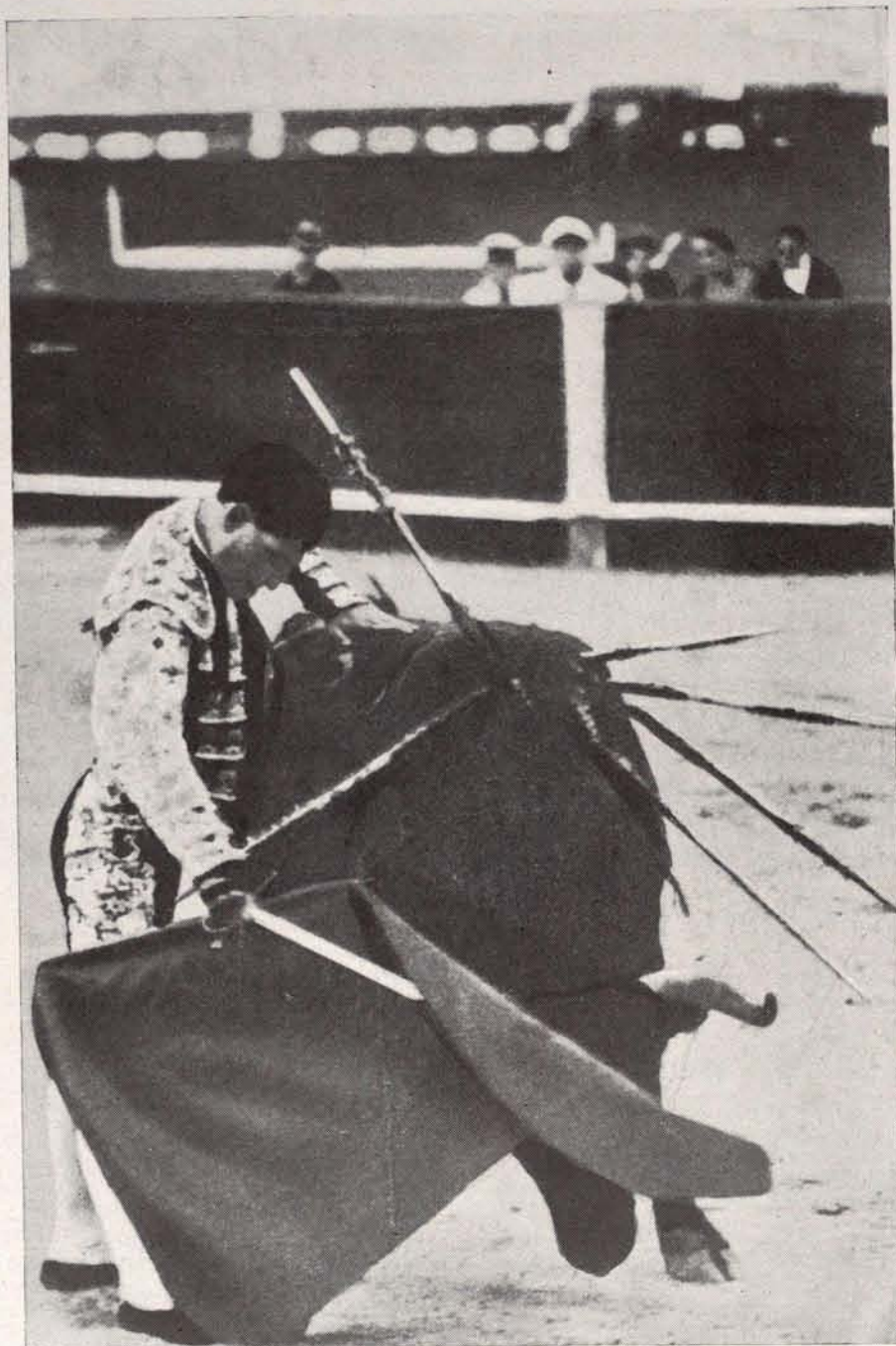


Dibujos aparecidos en "La Nación", de Buenos Aires.



Apunte publicado en el "China Daily News".

LA GRAN ACTUALIDAD TAURINA



Mañana llegará a España Lorenzo Garza, el torero excepcional

La máxima actualidad taurina la constituye en España, en los actuales momentos, el diestro Lorenzo Garza. Lorenzo Garza, que en la temporada anterior había aterrorizado, si vale la frase, al público madrileño, ha realizado en Méjico una campaña tremenda, fantástica, arrolladora.

Allí como aquí, Lorenzo Garza ha sido el magnífico torero de la emoción, de la sinceridad taurina, de la verdad en el redondel. De la verdad en el redondel y en la taquilla, porque éste es otro de los grandes méritos de Garza: el de llenar las plazas al conjuro de su nombre.

Las grandes entradas registradas este año en la enorme plaza "El Toreo" de Méjico, han sido todas en las corridas en que Garza ha tomado parte.

Y Lorenzo Garza ha ganado en noble lid, y disputándosela a otros siete matadores, la "oreja de oro". Y otro día fué para él el escudo de la ciudad

de Méjico, que, como galardón, había ofrecido el Ayuntamiento al torero que mejor quedase. Y la empresa tuvo que anunciarle mano a mano con los más destacados toreros; y Lorenzo Garza, el torero maravilloso, que torea como "no se puede" torear, según los técnicos, los venció a todos, sobrepasó a todos y puso su nombre a una altura y a una cotización única en Méjico.

Otro tanto ocurrirá, sin duda, en España. En Madrid, por ejemplo, el día que se le anuncie, será algo asombroso lo que ocurrirá frente a las taquillas. Contratado en exclusiva por Eduardo Pagés, Lorenzo Garza tiene preparada una magnífica temporada, que empezará el domingo próximo en Castellón de la Plana, lidiando seis toros de Murube en unión de Rafael el Gallo y El Soldado, que tomará la alternativa.



EL ESTRENO DE "DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO"

Por DIEGO SAN JOSE

(22 de marzo de 1835)

Año es este de 1935 que parece tener el privilegio de los centenarios parnasianos, siendo el más glorioso de todos ellos el tercero de la muerte de Lope de Vega, que, como es harto sabido, se celebrará—si los poderes públicos no lo impiden—el 27 de agosto. Algo, y aun algo nos vamos descuidando en los preparativos, y plegue al cielo que al llegar la fecha justa no lo hagamos tan pobre y desastrosamente como cuando el de Cervantes.

Otra fecha insigne, que, sin duda, Mallorca celebrará con el debido esplendor, es la del nacimiento de Raimundo Lulio, a cuyo homenaje habrá de unirse España entera; más cercano a nosotros está el del Romanticismo, que tiene su iniciación en nuestra patria con el estreno del famoso drama del duque de Rivas, cuyo título encabeza estas líneas, y al final del año, el de la fundación del Ateneo de Madrid, resurgimiento de aquel otro creado en 1820 y abolido por la reacción fernandina.

Traigamos hoy a cuento el de la obra inmortal del aristócrata-poeta.

Los destierros y las jornadas diplomáticas de don Angel Saavedra bien puede tenerse por cierto que fueron felices para las letras castellanas, aunque no lo fuesen para los intereses personales del prócer ingenio, el cual sufrió grandes quebrantos en su fortuna y anduvo con la vida en riesgo.

Segundón de la casa de Rivas, cuyo título llevaba desde el año de 1791 don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, casado con doña María Ramírez de Baquedano, marquesa de Andía y de Villasinda, fué educado en la moruna ciudad de Córdoba, lugar de su nacimiento, con más esmero del que solía usarse con los que no tenían el privilegio de ser mayorazgos, los cuales, por lo general, solían ser destinados a la carrera eclesiástica.

Aunque a lo que parece no era el joven don Angel un portento de aplicación en las aulas universitarias, las Artes y las Letras tuvieron en él un aventajado discípulo.

La pluma, el lápiz y el pincel—la primera sobre todo—comenzaron presto a dar muy sazonados frutos.

Muy joven aún, casi un niño, emprendió la carrera de las Armas. En la guerra de la Independencia llegó a hacer pinicos de héroe, según declaró en aquel bello romance, que escribió después de la desastrosa batalla de Ocaña, que comienza:

"Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada..."

Los ratos de ocio que le dejaba el militar servicio, empleábales en la devoción de las Musas y en hacer vida de buen galán, como gentil mozo que era.

Sus ideas liberales, mantenidas con todo el fuego de la juventud, alejaron pronto de Madrid. En pleno poder absoluto fué condenado a muerte, y hubo de buscar la salvación en tierras extrañas, en donde el arte pictórico que había aprendido, más por lujo que por vocación verdadera, llegó a resolverle la vida haciendo retratos.

El teatro le subyugó desde que hizo los primeros ensayos literarios. Escribió dos dramas históricos, titulados, respectivamente, "Arias Gonzalo" y "Lanuzo", y un sainete que denominó "El parador de Bailén".

Las dos primeras obras citadas vienen a ser su profesión de fe en la escuela romántica, que por entonces empezaba a invadir con fuerza avasalladora el parnaso español.

La revolución francesa de 1830 sorprendióle en París, a tiempo que sus entusiasmos liberales se habían templado tanto, que estaba en completo desacuerdo con los planes de Torrijos y Mina para quebrantar las cadenas reaccionarias que oprimían a España. Lo mismo habíale acontecido a sus camaradas de emigración, Isturiz y Alcalá Galiano. Saavedra dió completamente de lado a la política y dedicó por entero sus entusiasmos a la Pintura y a la Poesía.

La epidemia colérica le obligó a dejar la capitad de Francia, recogiendo a Tours, donde acabó su poema "El moro expósito", y escribió en prosa el "Don Alvaro". Como viera muy lejana la fecha del estreno de esta obra en Madrid, y estuviese justamente encariñando con ella, procuró estrenarla en Francia, para lo cual confió su traducción a Alcalá Galiano, que dominaba el idioma francés con la misma soltura que el español.

La muerte de Fernando VII abrió las fronteras a los emigrados españoles, siendo don Angel uno de los pri-

meros en reintegrarse al suelo patrio, después de diez años y tres meses de forzada ausencia.

Era por el entonces presidente del Consejo de Ministros Martínez de la Rosa, y como por aquellos días hubiese fallecido el hermano mayor de don Angel, heredó éste el título de duque de Rivas, y como Grande de España, nombrado secretario del Estamento de Príncipes.

Las tareas parlamentarias le obligaron a dejar la literatura en segundo término. Entretuvo el poco tiempo que las primeras le dejaban libres en corregir el "Don Alvaro", en el que introdujo variaciones tan importantes como la de versificarle casi todo en poco más de quince días. Cuando la obra estuvo a su completa satisfacción, leyóla a la Compañía de Carlos Latorre, que actuaba en el teatro del Príncipe, e inmediatamente se puso en ensayo, encargándose de los principales papeles Carlos Latorre, Concepción Rodríguez, Jerónima Llorente y García Luna.

La noche del 22 de marzo de 1935 alzóse el telón del clásico coliseo, vergel de los inmarcesibles laureles de Lope, "Tirso" y Calderón, para dar paso a las terribles cuitas y tristes amores del indiano "Don Alvaro".

El duque de Rivas, en el fondo de un palco, esperaba oculto entre deudos y amigos el inapelable fallo del público, que, aunque desde luego favorable, no correspondió, ni con mucho, al mérito del famoso drama.

"Don Alvaro", como "Don Juan Tenorio", no tuvo una entrada triunfal en el repertorio escénico de aquellos lejanos días. La misma grandeza de la obra contuvo un tanto el entusiasmo popular, que, por otra parte, no estaba acostumbrado a platos tan bien servidos, aunque más fuertes, si se quiere, se los tragaba desde hacía mucho tiempo, condimentados a la francesa. Fué necesario que sobre entrambas obras—verdaderas joyas del teatro romántico—pasara el tiempo y despertase la curiosidad de dos actores de tan romántico temperamento como Pedro Delgado y Rafael Calvo, para quienes parecían escritas las arrogancias de "Don Juan" y las desdichas de "Don Alvaro".

"Don Alvaro o la fuerza del sino"

ESCENA VII

DON ALVARO, en cuerpo, con una jaquetilla de mangas perdidas sobre una rica chupa de mano, redecilla, calzón de ante, etcétera, entra por el balcón y se echa en brazos de DOÑA LEONOR.

DON ALVARO
(Con gran vehemencia.)

¡Angel consolador del alma mía!...
¿Van ya los santos cielos
a dar corona eterna a mis desvelos?...
Me ahoga la alegría...
¿Estamos abrazados
Para no vernos nunca separados?...
Antes, antes la muerte
Que de ti separarme y que perderte.

DOÑA LEONOR
(Muy agitada.)

¡Don Alvaro!

DON ALVARO
Mi bien, mi Dios, mi todo.

¿Qué te agita y te turba de tal modo?
¿Te turba el corazón ver que tu amante
Se encuentra en este instante
Más ufano que el sol?... ¡Prenda adorada!

DOÑA LEONOR
Es ya tan tarde...

DON ALVARO
¿Estabas enojada

Porque tardé en venir? De mi retardo
No soy culpado, no, dulce señora.
Hace más de una hora
Que despechado aguardo
Por esos rededores
La ocasión de llegar, y ya temía
Que de mi adversa estrella los rigores
Hoy deshicieran la esperanza mía.
Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo;
Protege nuestro amor el santo cielo,
Y una carrera eterna de ventura,
Próvido, a nuestras plantas asegura.
El tiempo no perdamos.
¿Está ya todo listo? Vamos, vamos.

CURRA

¡Sí; bajo del balcón, Antonio, el guarda,
Las maletas espera;
Las echaré al momento.

(Va hacia el balcón.)

DOÑA LEONOR
(Resuelta.)

Curra, aguarda,

Detente... ¡Ay, Dios! ¿No fuera,
Don Alvaro, mejor...?

DON ALVARO

¿Qué, encanto mío?...

¿Por qué tiempo perder? La jaca torda,
La que, cual dices tú, los campos borda,
La que tanto te agrada

Por su obediencia y brío,
Para ti está, mi dueña, enjaezada.
Para Curra, el overo;
Para mí, el alazán gallardo y fiero...
¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!
En San Juan de Alfarche, preparado
Todo, con gran secreto, lo he dejado.
El sacerdote en el altar espera;
Dios nos bendecirá desde su esfera,
Y cuando el nuevo sol en el Oriente,
Protector de mi estirpe soberana,
Numen eterno en la región indiana,
La regia pompa de su trono ostente,
Monarca de luz, padre del día,
Yo tu esposo seré; tú, esposa mía.

DOÑA LEONOR

Es tan tarde... ¡Don Alvaro!

DON ALVARO
(A Curra.)

Muchacha,

¿Qué te detiene ya? Corre, despacha;
Por el balcón esas maletas, luego...

DOÑA LEONOR
(Fuera de sí.)

¡Curra, Curra, detente!
¡Don Alvaro!

DON ALVARO
¡¡Leonor!!

DOÑA LEONOR
¡Dejadlo os ruego

Para mañana!

DON ALVARO
¿Qué?

DOÑA LEONOR
Más fácilmente...

DON ALVARO
(Demudado y confuso.)

¿Qué es esto, qué, Leonor? ¿Te falta ahora
Resolución?... ¡Ay, yo, desventurado!

DOÑA LEONOR

¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro!

DON ALVARO

¡Señora!

DOÑA LEONOR

¡Ay! Me partís el alma...

DON ALVARO

Destrozado

Tengo yo el corazón... ¿Dónde está, dónde,
Vuestro amor, vuestro firme juramento?
Mal con vuestra palabra corresponde
Tanta irresolución en tal momento.
Tan súbita mudanza...
No os conozco, Leonor. ¿Llévose el viento
De mi delirio toda la esperanza?
Sí, he cegado en el punto
En que alboraba el más risueño día.
Me sacarán difunto
De aquí, cuando inmortal salir creía.
Hechicera engañosa,
¿La perspectiva hermosa
Que falaz me ofreciste así deshaces?
¡Pérfida! ¿Te complaces
En levantarme al trono del Eterno
Para después hundirme en el infierno?...
¡Sólo me resta ya...!

DOÑA LEONOR

(Echándose en sus brazos.)

No, no; te adoro.

¡Don Alvaro!... ¡Mi bien!... Vamos, sí, vamos.

DON ALVARO

¡Oh, mi Leonor!...

CURRA

El tiempo no perdamos.

DON ALVARO

¡Mi encanto, mi tesoro!

(Doña Leonor, muy abatida, se apoya en el hombro de don Alvaro, con muestras de desmayarse.)

Mas ¿qué es esto? ¡Ay de mí! ¡Tu mano yerta!
Me parece la mano de una muerta...
Frió está tu semblante
Como la losa de un sepulcro helado...

DOÑA LEONOR

¡Don Alvaro!

DON ALVARO

¡Leonor! (Pausa.) Fuerza bastante

Hay para todo en mí... ¡Desventurado!

La conmoción conozco que te agita,
Inocente Leonor. Dios no permita
Que por debilidad en tal momento
Sigas mis pasos y mi esposa seas.
Renuncio a tu palabra y juramento;
Hachas de muerte las nupciales teas
Fueran para los dos. Si no me amas
Como yo te amo a tí... Si arrepentida...

DOÑA LEONOR

Mi dulce esposo, con el alma y vida
Es tuya tu Leonor; mi dicha fundo
En seguirte hasta el fin del mundo.
Vamos; resuelta estoy, fijé mi suerte:
Separarnos podrá sólo la muerte.

(Va hacia el balcón, cuando, de repente, se oye ruido, ladridos
y abrir y cerrar puertas.)



TEATRO

P o r A L F R E D O M U N I Z

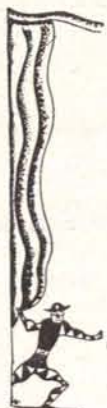
Zacconi, el insigne actor italiano, vendrá a España en "tournée" de despedida

Ermete Zacconi, una de las figuras más justamente gloriosas del teatro mundial, encarnación eminente de la genialidad dramática interpretativa, que culminó en Rossi en las últimas décadas del pasado siglo, se prepara actualmente para venir a España en embajada espléndida de arte. La noticia, en esta hora de mediocridad, de flojería, de estupidez casi general en nuestros ámbitos escénicos, hora irritante de imperio de lo banal en todos los aspectos del arte dramático, merece echar al vuelo las campanas jubilosas de nuestro contento.

Zacconi, cargado de una gloria legítima, que le ofendieron sin regateo los públicos europeos y americanos, emprende esta última cruzada de arte por el Viejo Continente en una noble reconquista de mirros, que serán ilusión y aliento, añoranza dorada de un pasado encendido de fama en los días silenciosos de su retiro.

Viejo ya, el genial Zacconi ha decidido alejarse de las actividades escénicas, donde su vena dramática consiguió trofeos de entusiasmo. Y esta jira de despedida—que se extenderá después a América—va a dar comienzo en España. A primeros del próximo mayo llegará a Barcelona al frente de una compañía integrada por elementos de máximo prestigio, y allí dará un corto número de representaciones. Después, a mediados de mes, se presentará ante el público madrileño en el teatro Victoria, para marchar más tarde a otras poblaciones.

Desde nuestras columnas, abiertas de generosidad para todo intento de dignificación del teatro contemporáneo, damos un grito entusiasta de bienvenida al glorioso Zacconi, que nos hace el honor de recalar en España como estación primera de su viaje de despedida en una ruta última, donde marcará su ocaso el puntal más firme del arte dramático italiano.



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¿Qué pasa por Valencia?
—El Turia (con permiso de Muñoz Seca).
—Me refiero a noticias teatrales.
—Pues que María Fernanda Ladrón de Guevara—separada, ¡al fin!, de su esposo—, sigue afirmando que el Sábado de Gloria debutará en el teatro Principal de la bella ciudad levantina.
—¿Ah, sí?
—Sí. Por su parte, Rafael Rivelles se ríe de esta afirmación de su ex esposa, y dice que quien debutará el Sábado de Gloria en el Principal es él al frente de su compañía, en la que figurará de primera actriz Eugenia Zúfoli.
—Tendrán que llegar a un acuerdo, porque, de lo contrario, no lo entiendo.
—Menos aún lo entenderá usted cuando le diga una cosa.
—¿Qué cosa?

—Que quienes debutan el Sábado de Gloria en el teatro Principal de Valencia son Salvador Mora, Juan Espantaleón e Irene Barroso, al frente de sus huestes.
—¿Seguro?
—Se lo juro a usted por mi honor.

—Amparito Martí y Paco Pierrá tienen ya un hijito que les alegre las horas doradas de la intimidad.
—¿Enhorabuena, venturosos padres!
—Y ¡resignación!, Josefina Tapias, por este feliz acontecimiento, que viene a dejarla a usted sin puesto en la compañía.

—¿Estuvo usted en el estreno de «Morena clara»?
—Sí, señor, estuve.
—¿Y qué?
—Pues que fiscales como ese que sale en la comedia no se encuentran más que en la imaginación de los señores Quintero y Guillén. ¡Caballeros, qué fiscal!

—¿Y qué señora la señora Díaz?
—¿Guapa, eh?
—Guapa... y ansiosa. Dice que las ovaciones han de ser para ella exclusivamente. Ningún artista de su compañía se atreve a saludar en un mutis. Ella, sí; claro está que para eso es la primera actriz.
—Pero eso fué la noche del estreno nada más.
—Naturalmente, como que al siguiente día los críticos lo hubiesen dicho en sus reseñas..., que era lo que se trataba de evitar.

—Después de los días transcurridos sigo sin explicarme por qué les dieron un banquete a los señores Navarro y Torrado.
—Y yo, compañero; pero mucho menos me explico todavía cómo la convocatoria del ágape-agapito, más bien iba firmada por D. Jacinto Benavente y alguna otra personalidad relevante del mundo de la escena.
—¿Debilidades de los hombres geniales?
—Será eso.

—¿Sabe usted que Antonio Vico pasará a actuar a otro teatro de Madrid?
—Hace muy bien. En el Muñoz Seca no puede defenderse ninguna compañía.
—¿Por pequeño?
—Por pequeño y por las malas condiciones que impone la empresaria.
—¿Malas ha dicho usted?
—Sí, señor; malas he dicho..., y me quedé muy corto en el calificativo.

—Ea, pues ya terminaron «Los majos del Ferchel» en el Calderón.
—¿Ah!, pero ¿terminaron?
—Hace diez días justamente.
—¿Vaya por Dios! ¡Y yo que pensaba ir a verlos mañana!

—Le doy a usted mi palabra de honor que al teatro María Isabel va muy poca gente.
—¿No me diga! Entonces, eso de «¿Por qué te casas, Perico?»...
—Es un pormenor matrimonial que no ha logrado interesar a nadie.

—El teatro de la Zarzuela inició una temporada de ópera.
—Efectivamente, con una cantidad fabulosa de pesetas que ha aportado para el negocio el autor de la obra estrenada en primer lugar.
—¿Un Mecenaz!
—Un Mecenaz... que va a quemar en la aventura unos buenos miles de duros.
—No importa: así se hace arte.

—Una pregunta: ¿le parece a usted que D. Enrique Borrás es un comediante glorioso?
—Me parece que D. Enrique Borrás es un comediante... viejo. ¿De acuerdo?
—De acuerdo.

Cartelera madrileña

Novedades escénicas más o menos relativas

CÓMICO: «MORENA CLARA».

Existen dos clases de teatro: uno, el que con valores poéticos, psicológicos, humanos o dramáticos, más o menos conseguidos, aspira a cooperar en esa obra generosa de educación de masas que es, o debería de ser, función exclusiva de la literatura dramática; otro, el que al margen de toda preocupación espiritual, huero de substancia inteligente y de pretensiones educativas, atento tan sólo a los resultados económicos y desnudo hasta el hueso de valores artísticos, busca el punto de apoyo de su razón de ser en la pobre aritmética de las liquidaciones abundantes en cifras extraordinarias. Para aquél, nuestro respeto, nuestro aliento o nuestra rendida estimación, según el relieve jerárquico de sus calidades. Para éste, por sistema, por asepsia espiritual, por principio ético de ansiosos de una humanidad limpia de taras mentales, nuestra condenación y nuestra repulsa.

A este segundo grupo—y ya es bastante doloroso tratándose de autores jóvenes—corresponde la obra estrenada recientemente en el teatro Cómico con el título de «Morena Clara», y, dicho sea en justicia, aplaudida calurosamente por el público la noche de su primera representación. Obra de Andalucía, de gitanos de Andalucía, y de gitanas, naturalmente, que no era cosa de hurtar a la señora Díaz la única posibilidad de actuación brillante que salpica el leve libro de su historia de actriz: el andalucismo; la gachonera flamenca—flamenca a flor de piel, sin complicaciones de psicología—; el ceceo en el hablar; la dramática caza de un «sex-appeal», extraído del constante parpadeo y del resbalar de las manos sobre las caderas, amplias y rotundas; arte limitado, en fin, por las empalizadas geográficas del regionalismo.

Obra de Andalucía, de gitanas y gitanos, repetimos, en la que los señores Quintero y Guillén—o Guillén y Quintero—juegan a todos los desatinos en el azar disparatado de un mundo creado por ellos con ese optimismo despistado de hombres que, antes de estrenarse «Morena clara», habían liquidado ya millón y pico de pesetas en la Sociedad de Autores. Todo en la obra se cimienta en bases de falsedad tan audaz, que, como consecuencia lógica—el único destello de lógica que hay en la comedia—, de esta apoyatura resulta un edificio sin ventanas, sin balcones, sin puertas; una especie de rascacielos, muy gracioso, eso, sí, pero donde imaginamos ahogados de pena a unos pobres seres vestidos de máscaras, en protesta apagada contra los que se gozaron en exhibirlos como fantoches ridículos de un tipismo, ¡ay!, que va siendo ya excesivo.

Carmen Díaz, en los primeros instantes de su intervención, cuando disimulaba bajo la fronda de seda de los volantes del vestido de gitana las líneas auténticas de su espléndido cuerpo de musa rubeniana, dió aires de acierto al personaje encarnado. Después..., la actriz se ve obligada a enfundar su figura en ropajes usuales, y su arte, por una razón natural de estética, pierde calidades de convicción. A pesar de este reparo, y como resumen justo de su actuación general, puede decirse que en ella sobresalió el tono agradable y discreto.

Rafaela Satorres, Salvador Canales—irreprochable en todo momento—y Simó Raso fueron, indudablemente, el triángulo más eminente de la gestión interpretativa.

MARTÍN: «LAS DE ARMAS TOMAR».

Paso (hijo) y Loygorri, dos distinguidos escritores en esta tarea, tan al margen de todo menester literario que se llama hacer revistas, son los autores, según afirmación contundente de las gacetillas de pago de los periódicos, de la estrenada en Martín con el título, nada poético, por cierto, de «Las de armas tomar». Allá ellos con su responsabilidad. Y allá la Empresa con la suya, de mayor volu-

men que ninguna otra. Y allá, por último, el maestro Alonso, miembro de la Junta Nacional de Teatro Lírico y Dramático, que aportó—él sabrá por qué—las ilustraciones musicales a esta obra de la más burda albañilería teatral, sin arte, sin gracia y hasta sin picardía; larga hasta lo intolerable, y absurda hasta el disparate; tan larga, que fué necesario meter el lápiz con rigores de 50 por 100 antes de ofrecer al público la segunda representación.

Un engendro, en fin, de ordinareiz incalificable, del que no vale la pena hablar ni una palabra más. Hagamos punto, pues.

CERVANTES: «EL MAGO DEL BALÓN».

Don Antonio Paso—casi una gloria nacional del teatro contemporáneo!—había adquirido con Valeriano León—casi otra gloria del teatro actual en su aspecto interpretativo!—el compromiso de escribirle una comedia (?) para estrenarla durante su campaña del Cervantes. Y el señor Paso, atosigado por apremios reiterados, cogió un buen día la pluma—que para eso la tiene—, y de una sentada, ¡zas!, comedia hecha. Una vez terminada metió las cuartillas en un sobre, se encaminó al teatro Cervantes y le dijo a Valeriano: «Aquí está ya esto.»

Valeriano se puso muy contento; ensayó la obra y ¡zas!, la estrenó.

Ni el autor ni el actor tienen disculpa. El uno, por escribir comedias tan disparatadas; el otro, por representarlas; los dos, por delito público de ataques al buen gusto.

«El mago del balón»—este es el título—no es otra cosa que un jugueteo viejo de cuarenta años, es decir, el mismo jugueteo que acreditó a su autor de comediógrafo gracioso allá en los días lejanos de sus primeros triunfos: situaciones de inocencia disparatada, frases y tipos perdidos, ¡ay!, en la noche de los tiempos; chistes cuya eficacia arrastró sus barbas por las madrugadas de Fornos, cuando nuestra magnífica Gran Vía paseaba su anunciación por la angosta y «acreditada» calle de Jacometrezo. Teatro, en fin, que debió caer entre los escombros de aquellas casuchas de la Red de San Luis, donde la piqueta europea produjo sus primeras víctimas entre el tipismo urbano de un Madrid ido en buena hora.

La obra, larga, aburrida y fatigosa, se deslizó entre la indiferencia glacial del público del estreno. Y, naturalmente, arrastró entre un oleaje de bostezos la eficacia interpretativa, que nadie tuvo la paciencia de controlar. Sin embargo, y para no dejar en ridículo a la costumbre, citemos a Aurora Redondo y a Valeriano León, como elementos más destacados del reparto.

COLISEUM: «TERESA DE JESÚS».

Lola Membrives, siguiendo la recta de sus propósitos en cuanto a planes artísticos, ha repuesto en el escenario del Coliseum las estampas poéticas de Eduardo Marquina, agrupadas bajo el título de «Teresa de Jesús».

Una vez más la eminente actriz tuvo ocasión de poner de manifiesto sus extraordinarias dotes de artista dramática y sus decididas inclinaciones profesionales, enfocadas hacia un teatro de tono digno y elevado.

Creedora inolvidable de la bella obra del poeta Marquina, Lola Membrives refrescó en nuestra memoria la excelencia de su escuela personalísima, y la justicia de las alabanzas que le fueron prodigadas unánimemente por el público y la crítica a raíz del estreno de «Teresa de Jesús».

La señora Membrives revalidó el triunfo que siempre le acompaña en sus jiras artísticas por nuestros escenarios, y recibió una vez más el aplauso cálido de un público que se le rinde constante e incondicionalmente.

Eduardo Marquina, que asistió a la reposición de su obra, compartió con los intérpretes los laureles de una jornada venturosa.





MAYO METHOT



WYNNE GIBSON

la moda y el cine

FOTOS COLUMBIA CIFESA

MONA BARRIE



EVELYN KNAPP





El "Rey de la Madera"

Don Tomás del Río es «el Rey de la madera». Vino a Manila cuando la revolución del 98. Natural de León, su juventud era madura; lo había hecho sobrio el paisaje de la maragatería, donde la tierra les enseña a los niños a mirar la vida con displicencia. De soldado arribó a Filipinas en los momentos álgidos de la lucha. Le destinaron con un pelotón a un pueblecito de las afueras de Manila. Fueron acuartelados en una capilla, donde resistieron dos semanas el fuego de los rebeldes. Faltaban alimentos, escaseaba el agua. Su compañero de brecha le pidió la caramañola. D. Tomás se dió vuelta para entregársela, cuando una bala se depositó en la frente de su camarada. Sus palabras fueron pocas; el soldado le dejó en herencia los botines y 15 pesos.

Terminada la guerra, a punto de embarcarse de vuelta las tropas, D. Tomás pidió la venia de su oficial para permanecer en Manila. El jefe le dió el permiso y unos pocos duros.

Con ese dinero comenzó su lucha por la vida el joven leonés hoy «Rey de la madera». Viajó por Cambodia, Siám, Japón, China. Traía ganado desde la Indochina a Filipinas; se asoció con un vasco, compraron un barco de infimo tonelaje y abrieron una nueva posibilidad al comercio mercante del Archipiélago. Hoy, D. Tomás del Río es naviero y tiene varios barcos de discreto tonelaje, que hacen el servicio a Palawan, la más apartada isla de Filipinas. El joven castellano tiene el pelo blanco, pero sigue trabajando con el mismo entusiasmo de los años mozos. La tierra ha bendecido su trabajo honesto y perseverante: un plantel de hijos sanos, despiertos y trabajadores; una única hija, de gran inteligencia y singular belleza. D. Tomás, asomado por sobre la borda de su barco, el «Don Juan O.», me señala con el brazo extendido la proximidad de un grupo de islas.

—Estaremos en la bahía para mediodía...



El barco avanza. Los mares del Sur permanecen en calma. Navegamos, sin embargo, en plena época de tifones, de los «bagios» que arrancan de la parte austral del Pacífico y avanzan hacia el Norte, arrasando cuanto encuentran a su paso.

Pocas horas más tarde nos hallamos a cubierto por una hermosa bahía. Una vez más el paisaje maravilloso de las islas de los mares del Sur se abre ante mis ojos con su exuberancia de palmeras, cocoteros, plantas; verdes claros, verdes oscuros, echando la sombra de sus troncos sobre la franja de arena de las playas y proyectando en las nubes y el cielo las ramas recortadas a tijera de las palmas. A un costado existe un pequeño muelle de madera. Detrás del mismo, un galpón de cinc; dos edificios pequeños. En toda la amplitud de las faldas de las colinas que cierran el paso de mis ojos, caseríos.

La Isla del Dolor

Don Tomás del Río se me acerca y dice:

—Ya estamos en la Isla del Dolor.

Mi vista no da crédito. El paisaje es divino. Diría que el Paraíso no podría tener una representación más perfecta que la de aquel paisaje de sol y verdor, de cielo puro, de calma, de beatitud, con un mar cristalino y unas playas de fina arena, con sus humildes, pero agradables caseríos de palmas y troncos, y las masas de nubes destacando volúmenes tras los picos de las colinas circundantes.

Y estoy, ¡quién lo diría!, en la Isla del Dolor.

En este punto de tierra perdido en la inmensidad del Océano Pacífico, a pocas horas de Borneo, donde el sol parece tener su guarida, vengo a dar con el paisaje ideal y la tragedia irremediable.

La Isla del Dolor se menciona con espanto; en Manila, las ancianas se persignan al hablar de ella. La gente elude el mencionarla, y cuando las circunstancias obligan, hay un temblor de angustia en las frases que se emiten.

No es superstición ni fama literaria. No es leyenda oriental ni exageración de la gente humilde de Filipinas. La Isla del Dolor existe, como cruel ironía, tal vez en el grupo más hermoso de islas con que haya tropezado en mis viajes; está allí, aislada del mundo, con su terrible lastre humano de ocho mil muertos en vida, de ocho mil muertos vivos.

Culión

Culión es el nombre que la geografía le ha otorgado, por sobre la popular denominación de la Isla del Dolor.

El ojo viajero
La isla de los
muertos vivos
por
Ramón Muñoz Lavalle

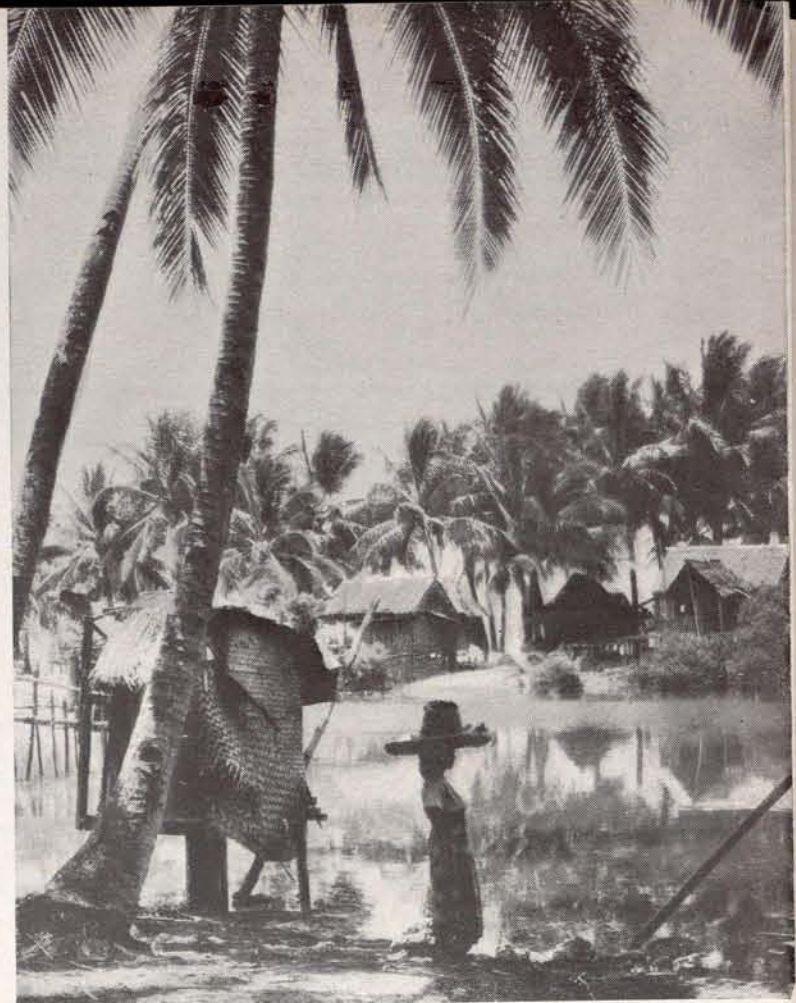
El «Don Juan O.» arrima su casco al muelle, mientras los ágiles marineros filipinos corren y saltan en los menesteres propios del atraque a puerto.

—Aquí viven—me dice D. Tomás del Río—ocho mil personas al margen de la vida. Quien entra en esta isla pierde toda esperanza de retornar al mundo de los vivos. Es un cementerio sin lápidas ni sepulcros, abierto, viviente. El que ha sido destinado a Culión debe resignarse a prolongar su vida en esta sociedad paria, sin vinculación con el ambiente que ha dejado, sin anhelos ni ambiciones. Es un predestinado sin posibilidades de rebeldía ni salvación.

Descendemos por las tablas tendidas al barco. Mis ojos tropiezan con temor en los rostros de los habitantes de Culión. Todos aparecen marcados. No llevan en la frente ningún estigma del deshonor ni la flor de lis ni ningún otro símbolo de su índole; lucen, empero, en las mejillas unas manchas negras, violáceas, que son la marca fatídica de su destino aparte, de su reclusión en Culión.

La Isla del Dolor, Culión, la isla de los muertos vivos, es el mayor leproario del mundo.

El terrible problema de la lepra asume en el Asia proporciones pavorosas. Poblaciones mal alimentadas, de higiene escasa, de promiscuidad animal, son víctimas fáciles del mal. El contacto, la ausencia total de normas de higiene, facilita la propagación de la enfermedad, y es así como en la China y la India se dan cifras horripilantes de más de un millón de atacados, cantidades que hay que multiplicar varias veces, según los cálculos científicos, para dar con el número más aproximado a la realidad de sus leproso. Filipinas no es de las que menos tiene; pero alerta el Gobierno norteamericano a este cruento problema social, ha sabido instalar en una apartada isla del Pacífico el leproario modelo de Culión, el más grande, pero también el más eficaz en su lucha contra el mal, en sus afanes de mitigar la tragedia de ocho mil desamparados de la suerte que han ido a depositar sus vidas al



asilo de su clima con una resignación tanto más dolorosa por lo callada.

Pero Culión no es, en verdad, la Isla del Dolor, ni tampoco la isla de los muertos vivos. Este leproario merece tener en su entraña, como el de Santo Angelo, en San Pablo (Brasil), esta inscripción reconfortante: «Aquí renace la esperanza...»

En virtud de un núcleo de especialistas, de un grupo de jóvenes médicos consagrados con edificante amor al tratamiento de los enfermos, ésta debería llamarse más apropiadamente «La Isla de la Esperanza».

Sobre una colina se construye una capilla. Los enfermos trabajan afanosos en la terminación de las obras que dirige un arquitecto norteamericano que no ha tenido que quedarse a vivir entre ellos. Hay otras dos capillas, la protestante y la de «alipay» (1). La libertad de cultos es una hermosa realidad en esta singular isla del Pacífico.

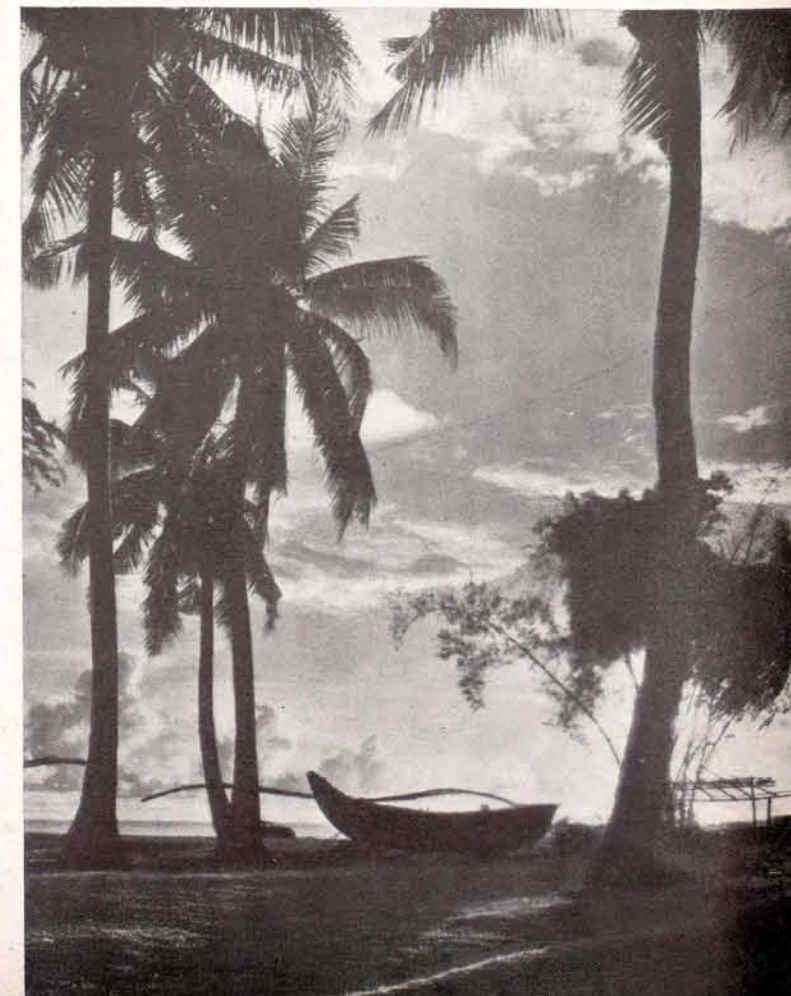
—¿Y son devotos sinceros?—le pregunto al arquitecto.

—¡Es una esperanza más!—me contesta.

Una esperanza más para quienes viven en constante espera; otra ilusión, un paliativo para el ánimo decaído que aguarda entre rezo y rezo al milagro que nunca llega...

En mi paseo por la ciudad voy observando que ningún rostro está inmune a las manchas negras. Son los efectos de

(1) Alipay es un ex sacerdote que promovió un cisma en la religión católica de Filipinas, creando una nueva religión de índole nacionalista y más aproximada a los credos protestantes que al católico.



las inyecciones: están en todos, en los grandes y hasta en los pequeños.

Porque también hay niños en la Isla de Culi6n. Los veo salir corriendo, en bandadas, de las aulas de una escuela. Van todos marcados en sus mejillas, en esas mejillas que todos los dem6s ni6os ense6an sonrosadas. Caritas que no reciben en la noche el beso de la madre, ni6os que a6un no conocen la tragedia imbatible que los mantendr6 presos en la Isla del Dolor. Juegan, rien, nada saben a6un del mal que sufren.

Y de los ojos del doctor que me acompa6a, hombre ducho en dolores, viejo especialista de Culi6n, donde ha radicado su vida en un solo prop6sito de curar, caen dos l6grimas:

—¡Leptos!... ¡Y mirelos usted!... ¡Apenas han comenzado a vivir!...

La vida en Culi6n est6 perfectamente organizada. Los habitantes se someten con emocionante mansedumbre al r6gimen impuesto. Nadie rechaza su destino, y todos saben que de su fiel acatamiento a las disposiciones y experiencias de los m6dicos tal vez pueda surgir la ansiada palabra final que evite la llegada de nuevos habitantes.

—S6lo hemos tenido un motin hace dos meses—me explica un practicante. La direcci6n de la Isla habia prohibido el matrimonio entre los enfermos. Se buscaba con ello el evitar que vinieran al mundo seres injustamente condenados. Pero un atardecer, cuando las sombras bajaban hasta Culi6n, un contingente numeros6simo de enfermos penetr6 en el pabell6n femenino, raptando a doscientas de ellas. Se habian puesto de acuerdo ellos y ellas para tal golpe: consideraban injusta la medida prohibitiva.

—¿Y luego?

—Ahora se les permite casarse.

—Pero subsiste, entonces, el grave problema de los hijos —agregu6, dudoso.

—No—me contest6 el practicante—. La lepra no es enfermedad hereditaria. Nuestros m6dicos han destruido con pacientes observaciones la falsa creencia de que el mal se transmite de padres a hijos. Nuestras teor6as han consagrado esa grata nueva de que el mal no se hereda. S6lo ocurre que a veces la tardanza en retirar al ni6o del contacto con los padres puedan inculcar en 6ste el germen del mal. La lepra no es la enfermedad horrenda que la gente supone. Se puede detener su evoluci6n; no es contagiosa mientras no haya existido un estrecho contacto, un roce prolongado de piel a piel. No es hereditaria, y, por diversas razones, es menos fatal que la tuberculosis. La gente se espanta, sin embargo, al solo nombre de la lepra... Expresiones de horror arrancan de los parientes al conocimiento de un atacado en la familia, pero todo eso es prejuicio, ignorancia contra la cual luchamos, contra la cual combate la ciencia en los leprosarios de Nagashima, en Jap6n; Carlville, en Estados Unidos; Kalhi y Molokai, en las Islas Hawai; Santo Angelo, en Brasil, y tambi6n en la famosa leproser6a de Calcuta. Llegar6 el d6a en que probemos todas nuestras esperanzas; llegar6 el d6a en que en Culi6n el sol ser6 m6s grato a todos y en que el puerto, que hoy d6a los enfermos ven como la puerta del otro mundo, ser6 la entrada de su vuelta al hogar.

Abandona el sol la Isla del Dolor. Se enciende el cielo del Pac6fico en rojo y tornasol; la puesta es soberbia. Ya me encuentro tranquilo. Al pavor de los primeros instantes le ha sucedido una plena confianza. Paseo entre los enfermos sin recelo ni angustias. Hay tan grande pasi6n de curar en los j6venes doctores de Culi6n, que han sabido infundirme sus esperanzas y su desd6n sobre el contagio; ya no rehuyo ni me alejo presuroso de los grupos de asilados. Entro con don Tom6s del R6o al pabell6n de los ni6os sin padres, donde enfermeras sol6citas atienden sus vidas en interrogante; son los hijos de los enfermos que se encuentran en observaci6n, para precisar si son enteramente sanos o si poseen alg6n germen del mal. Desde los ventanales observo el barrio de los pescadores, situado en una bah6a menor. M6s cerca veo a unas mujeres alzar en vilo a unos peque6uelos. Son madres, madres de Culi6n, en las cuales la enfermedad se encuentra detenida y que bajo la severa observaci6n de los m6dicos pueden por un instante alzar sus hijos en los brazos.

Por una carretera cercana desfila mustiamente un grupo de personas. Dos mocetones delante y dos detr6s llevan sobre cuatro palos un f6retro de madera: es un habitante de Culi6n que ha fallecido antes que sobre la Isla amanezca un nuevo sol. Ese sol que aguardan entre promesas y frases cari6osas de los m6dicos todos los enfermos, y que les asegure, con la curaci6n definitiva, el regreso al mundo de los vivos.

El «Don Juan O.» se alista para proseguir su viaje hacia otras islas de los mares del Sur. D. Tom6s del R6o me lleva a Panay, Brockspoint, Puerto Princesa, Iwahig, a sus cocales y a sus aserraderos de Palawan, que lo han consagrado Manila como «el Rey de la madera». Abandonamos Culi6n. Desde lejos observo c6mo se levanta para un nuevo d6a la poblaci6n de la isla de los muertos vivos.



SIGNARIO DE LA CIUDAD LA ESQUINA A

Por CLEMENTE CIMORRA

ESPECIAL PARA «CIUDAD»

Dibuja el perfil de la calle, con su cartab6n de sorpresas, medio abierta al abismo, distanciada de todos los caminos, llena de sombras y de duda.

La esquina es 6ngulo trascendental de la ciudad entera. Plataforma de la cita irrealizable, apretada de la paciencia de nuestros pasos, recorrida por todas nuestras miradas que la persignan de desesperaci6n y de angustia.

Nos guarda en sus recodos escuetos un viento inesperado que bate incansable en sus aristas. Es escotill6n de los encuentros m6s lejanos, la verdadera caja de sorpresas de la ciudad.

Es emocionante mendigar todas las esquinas. Frotar un viejo fr6o de esperanza en sus lomos duros. Se ha retorcido de cansancio el farol que la alumbraba con un verde sucio y que tiene algo de joya marchita de la calle.

«En la esquina nos veremos.» Y en la esquina nos embozamos como en un terciopelo propicio para que no se nos advierta, y es maravilloso aguardar escondido la presencia ansiada que llega como despedida por la p6gina de un libro. Ya se puede abandonar la esquina y dejarla apta para las entrevistas esquinadas, siempre aureoladas por la clandestinidad.

El pobre de la esquina. Es el m6s pr6cer y solemne de los mendigos, tallado en la piedra, encontrable siempre, cubierto de harapos venerables. Est6 en la medula de la calle, en el mismo quicio de la esquina, la mano tendida a todas las limosnas. Cuando desaparece de su sitio, la esquina ha sufrido una mutilaci6n. Elige ese gesto huido de las aceras, porque es un estratega de la topograf6a urbana. Como esas pobres mujeres que afrontan la intemperie absoluta de la esquina para asir mejor las solapas de la calle.

La noche da a la esquina todo su prestigio de aventura.

Hay una consciencia inteligente y casi l6rica en detenerse ante la fuga de la acera hacia un lado. Tendremos que tirar una serpentina de sondeo con el ojo m6s pr6ximo, porque en la trinchera esquinada puede esperarnos, o el fac6n t6pico de la bronca, o la pistola gansteriana del atraco, o la mujer m6s leal junto al gab6n del «otro».

Nadie ha intentado la biograf6a de las esquinas, tan pr6digas de sugerencias, tan privilegiadas de emoci6n.

«Le mataron al doblar una esquina.» «La encontr6 al volver de una esquina.»

La vulgaridad de nuestro d6a tranquilo puede soliviantarse al afrontar una esquina cualquiera. Nadie sabe jams que puede avizorar nuestro camino en esa desviaci6n de la calle. Confundirnos de esquina significa cambiar nuestro destino. Por eso hay que conocerlas bien y hasta poseer un archivo de encrucijadas para ambientar, sin fracaso, nuestros lances.

Luces de todos los cigarrillos ilusionados han picoteado la esquina en una espera interminable. «Por esta esquina tiene que pasar.» Y en el bastidor oculto se aguarda el instante de la sorpresa m6xima que dispara los ojos y petrifica la sonrisa. La sonrisa que hay que tener preparada como un antifaz de justificaciones.

Los amantes de esquina son m6s cautos y recelosos que ningunos otros, y han educado su complicidad en esa escuela de disimulo que es la esquina.

La calle tiene estos trampolines para favorecer nuestras fugas vergonzosas y divinas. Es una especie de mano amiga que liberta nuestro delito. «Se fueron por aquella esquina.» Y el hombre que conoce bien las trampas de la esquina no se atreve a violar un designio de misterio tan indescifrable.

Si no fuera por las esquinas, la vida de la ciudad caer6a de peligro, de miedo, de asesinato y de amor. Ser6a como si abriese todas las ventanas, como si desnudara todos sus muros, como si se quedase en cueros de sus lujos y de sus miserias.

Hay que atreverse a abordar las esquinas, a prodigarlas para que haya algo secreto y herm6tico que descifrar.

El rumbo de nuestros pasos depende de una esquina. Y es in6til querer seleccionarlas, porque nadie conoce en qu6 esquina, irremediablemente, se ha de detener o acelerar su vida. ¡Pobre de aquel que no se decide a buscar su esquina!

Y en una esquina est6 detenido nuestro tiempo, sin que se atreva a moverse, sobrecogido en el temor del paisaje que puede existir al otro lado. Con una indecisi6n que le hace esperar, y esperar indeciso, acaso porque presente que esa es la finalidad de las esquinas.

Una vez elegido un camino, es terrible volver hacia atr6s, pues la esquina no perdona jams las traiciones, porque ya otros nos habr6n substituido en la espera.

«Al volver de una esquina» nos encontramos un d6a lo que perseguimos tenaces, peregrinos de todas las esquinas de la ciudad, inconfesablemente deseosos de no hallar nunca nuestra esquina definitiva.

Hay la esquina de los adioses que no tienen remedio. Y nada m6s triste y decisivo que esa despedida prolongada por la cadena de las manos unidas. Basta s6lo un instante, el segundo de colocar entre los dos el espinazo de la esquina, para quedarse solo para siempre.

Del jard6n del Para6so al jard6n zool6gico

Por PHILEMON

Sir Ambrosio Fleming nos sale con 6stas: De nuevo se convierte en el lobo malo para impedir que la caperucita roja de la evoluci6n, seguida de sus dos cerditos—el ge6logo y el bi6logo—lleve su cesta de reconstituyentes a la abuelita Iglesia.

Declara que sus antepasados deben ser buscados en el jard6n del Para6so y no en el jard6n zool6gico. Hay que ver en ello una actitud valiente que amplia su cr6dito. La persona que cree advertir a sus antepasados en el zoo puede exclamar orgullosamente: «¡Qu6 ascensi6n la nuestra!» En tanto que si incluye a los antepasados del Para6so no puede menos de considerar que hemos descendido bastante.

Creo, sin embargo, que sir Ambrosio y sus amigos no tienen ning6n derecho al Para6so en su calidad de cond6minos con sus antepasados. En efecto, la raza humana no comenz6 sino despu6s que Ad6n y Eva fueron arrojados del Para6so por el asunto aquel de la manzana.

Por otra parte, ¿en qu6 sentido pueden interesarnos nuestros antepasados? La pregunta, «¿Ad6nde vamos?», es m6s interesante que la otra, «¿De d6nde venimos?» Importa menos nuestro origen que nuestro porvenir.

No me interesan mis antepasados, excepci6n hecha de mis padres y de mis abuelos, a quienes he conocido y querido. El resto de mi 6rbol geneal6gico me es indiferente; hab6a probablemente en este 6rbol ramas muertas—criminales, asesinos, personajes repelentes—cuya influencia trato de evitar cotidianamente en mis cromosomas.

Si debo remontarme hasta el mono, no tengo m6s remedio que felicitar a este animal, por haber comenzado una generaci6n de la cual soy yo un feliz t6rmino. ¡Fu6 gentil aquel mono que me llevaba potencialmente en sus flancos!

Siento, ciertamente, m6s respeto por m6 mismo cuando pienso que soy un demonio que subo que cuando imagino que soy un 6ngel ca6do.

Miles de a6os han debido transcurrir desde que mi remoto antepasado saltaba entre los 6rboles. Cuando pienso cu6nto tiempo ha empleado el Creador para ponerme a punto, siento un poco de orgullo mezclado de humildad.

Los hay que querrian saber en qu6 momento preciso de la evoluci6n el alma humana ha podido aparecer en nuestro sistema. Piden aclaraciones, fechas. La respuesta es simple: el alma estuvo en 6l en todo tiempo, y la liberaci6n del alma humana hab6a sido el fin de las aspiraciones mudas e inconsistentes de toda la creaci6n, desde el comienzo.

Tal concepci6n me parece sublime. Sir Ambrosio Fleming la empu6a al no remontarse m6s que a algunos miles de a6os atr6s y al explicarlo todo por el efecto de un soplo m6gico sobre una mezcla de tierra y de saliva divina.

(Star, Londres.)